



ESPEJO HUMEANTE

DOSSIER. AÑO 3. NÚMERO 5.5, ABRIL, 2020. REVISTA LATINOAMERICANA DE CIENCIA FICCIÓN

FANTASMA





UN COHETE SE ELEVA EN EL CIELO llevándose a los últimos habitantes. Escudriñar, insaciables, en busca de recursos creó un desequilibrio que nadie había predicho. La Tierra será destruida desde su interior. Y yo, que tanto la quiero, no puedo abandonarla.

La Iguana, ©relatoscortoss

ESPEJO HUMEANTE *FANZINE*

Revista latinoamericana de ciencia ficción

Número 5.5, DOSSIER. Abril de 2020.

Coordinación editorial

Rafael Tiburcio García.

Comité editorial

Miguel Angel de la Cruz Reyes, Eduardo Hennings, Miguel A. Lara, y Zacarías Zurita Sepúlveda.

Selección, revisión y corrección

Felipe Huerta Hernández y Rafael Tiburcio García.

Diseño

Rafael Tiburcio García.

Imágenes

©Archigram, ©Lebbeus Woods, ©Ron Herron, ©Peter Cook, ©Johana Meyer, ©Harold Norman Fisk, ©David Rumsey.

Contacto

espejohumeanterevista@gmail.com

  @EspejoHumeanteR

Conoce y difunde nuestra propuesta en:

 <https://issuu.com/espejohumeanterevista>

Aviso legal

La responsabilidad sobre la legitimidad de los derechos de propiedad intelectual correspondientes a los contenidos publicados en Espejo Humeante *FANZINE*, así como la titularidad de derechos de los mismos, pertenece a sus respectivos autores. La responsabilidad de los contenidos y opiniones expresadas por los colaboradores en sus textos pertenece a ellos y no representan necesariamente la opinión de la revista. Espejo Humeante *FANZINE* no asume ninguna responsabilidad por los daños y perjuicios resultantes o que tengan conexión con el empleo de los contenidos de esta publicación. El contenido de esta revista puede ser publicado con el permiso de los editores. Si desea publicar algo de nuestro contenido por favor escríbanos.



Índice

Un cohete se eleva en el cielo , La Iguana	
Presentación	3
Coronización , Daniel Alves (Uruguay).....	6
Apagón , Ernesto Tancovich (Argentina)	9
Génesis 2.0 , Raúl Blackaller (México).....	13
La última defensa , Juan Pablo Goñi Capurro (Argentina)	16
Diluvio capital , Oswaldo Castro Alfaro (Perú).....	20
Taller de Carne , Manuel Mörbius (México).....	23
La caravana , María Rivera (Chile).....	27
Abducción , Ulisses Luján (México)	31
La última oveja eléctrica , Felipe Huerta Hernández (México)	34
La ciudad en llamas , Oscar Sanguinetti (Venezuela)	37
Ciudad paradigma , Luz María Méndez (México).....	40
La llamada , Carmen Gómez Barcelo (España).....	42
Deseados , Zack Zala (Perú).....	45
Rocío Purpúreo , José Alfonso Colomé (México)	48
La artista que se sentía humana , Sebastian Canales de Rurange (Chile)....	51
La gente de la capital , Mauricio del Castillo (México)	55
El lado perverso , Servando Clemens (México)	61
La fuerza G , William C. Rilley	62
Comunicado	63

Presentación

Especulación, anticipación y advertencia

“FUIMOS ADVERTIDOS”. La película apocalíptica *2012* (2009) se presentó con esas palabras; pero la pandemia actual parece en todo caso la continuación de una escena de zoonosis de *Contagio* (2011). No solamente en el cine, por medio de *Contagio* y otras cintas, se especuló apocalípticamente con una situación como la actual. Fuimos advertidos con eventos reales de menor magnitud.

Con base en ellos, el escritor mexicano Gerardo Sifuentes Marín, en el artículo de portada “La pandemia que viene” de la revista *Muy Interesante* de febrero de 2014, anticipó de manera asombrosa la actual situación mundial. Su artículo puede leerse en la red [1] pero, a pesar de los seis años que nos separan de él, parece expresar algo muy similar a lo que vemos ahora: que “los filósofos especulan con lo que pasará después de esta pandemia” y que algunos apuestan contra el optimismo y afirman que “después de esta pandemia todo continuará igual que antes”.

No hay actualmente vacuna contra este virus, el SARS-CoV-2, y no la tendremos pronto. Para posibles soluciones contra lo que se vive, los gobiernos actuales han echado mano de medidas que van del confinamiento, voluntario y obligatorio, proyecciones de modelos estadísticos y medidas de higiene, hasta complejos rastreos de perfiles, IDs, direcciones ip y rutas e interacciones de redes de usuarios (es decir, de personas) que, si bien han frenado de momento las consecuencias extremas, letales, de la pandemia del COVID-19 en países como Corea del Sur y China, también han abierto nuevamente el debate sobre la pertinencia del llamado biopoder en materia de salud, así como del papel policiaco de los Estados y las corporaciones en asuntos de seguridad y uso de datos personales de los individuos, que podría extenderse a otros tipos de vigilancia y control político, como la lucha contra el terrorismo o las insurrecciones populares. Todo esto con una más que posible aprobación de la opinión pública en un futuro a corto plazo.

Si bien en la ciencia ficción se especula de manera recurrente con la inteligencia artificial como amenaza contra la humanidad, autores como Jun Wu creen que en estos momentos está resultando una invaluable aliada [2]. Pero eso es en el presente; para el futuro, personajes como el famoso Elon Musk advierten el peligro que representan las superinteligencias, uno cuya amenaza podría resultar peor incluso que la del actual virus. Y no es la única. La ciencia ficción nos ha advertido de otros eventos, poco probables pero no imposibles, como el impacto de un cuerpo celeste contra nuestro planeta, el cambio climático y otros virus, hongos y bacterias que podrían poner a las sociedades, pronto o más tarde, en situaciones ambientales, sociales, económicas y de salud como la actual.

Para este quinto dossier del *Fanzine* del *Espejo Humeante*, que se mantiene firme en su búsqueda por convertirse en un referente de las propuestas de ciencia ficción que producen los escritores noveles en habla hispana, presentamos dieciséis relatos de nuestra convocatoria de Ciudades, una de las más nutridas hasta la fecha, así como una selección muy breve de los cuentos cortos y minificciones de los retos semanales que organizamos en Facebook y Twitter. Se trata de historias con enfoques sociales, donde los textos y las tecnologías que exploran nos hablan de problemas como la salud pública, la violencia hacia las mujeres, el clasismo, el genocidio y la identidad. Asimismo presentamos los resultados de nuestra convocatoria “Colonización” y, acompañando a los textos, nuevamente las ilustraciones, diagramas y mapas del grupo Archigram y otros arquitectos y cartógrafos del siglo XX.

La ciencia ficción especula todo el tiempo con amenazas de toda índole, con estas tramas apocalípticas para advertir lo que puede llegar. Esperamos de corazón que las historias surgidas de ésta, escritas o por escribirse, no estén anticipando otras amenazas reales, como la que padecemos actualmente a nivel mundial. No será alentador para la supervivencia de nuestra especie, ni de nuestro mundo, utilizar tan frecuentemente como hasta ahora, la frase “Fuimos advertidos”.

El Comité Editorial 📧 Abril de 2020.

-
- [1] Sifuentes, Gerardo (2014, Febrero). “La pandemia que viene”. En *Muy Interesante*. Recuperado de: <https://medium.com/@gerardo.sifuentes/la-pandemia-que-viene-2014-9f7235377720>
- [2] Wu, Jun (2020, 19 de marzo) “How Artificial Intelligence Can Help Fight Coronavirus”. En *Forbes*. Recuperado de: <https://www.forbes.com/sites/cognitiveworld/2020/03/19/how-artificial-intelligence-can-help-fight-coronavirus/#14c187f94d3a>

Coronización

Daniel Alves (Uruguay)

EXISTE UN EXTRAÑO SENTIDO de hermandad anidado en la desgracia colectiva. Los grupos que la experimentan emergen, en caso de supervivencia, más unidos, cimentando el futuro en un dolor común. Nunca hubo en el planeta Tierra antecedente alguno sobre un dolor más común que el de las invasiones parasitarias.

Un superviviente convalece febril mientras recuerda el inicio de la invasión. Al principio fue confundida por un virus aéreo, una especie de segunda gripe para la cual aún no existía una vacuna.

Con ligereza, la humanidad había adoptado medidas básicas mientras esperaba una cura que nunca llegó. Diez meses más tarde, la población del planeta se había reducido a menos de una décima parte.

Un hombre de treinta y tres años delira con un fervor místico en su cama de hospital, martillado por fuertes migrañas. Esos eran los últimos síntomas conocidos. Los primeros días de la pandemia, los infectados morían luego de una semana de fiebre y problemas respiratorios. Algunos duraban dos, llegando a presentar ceguera intermitente. Después de varios meses de instalado el virus en el mundo, ciertos enfermos sobrevivían hasta un mes, logrando en sus últimos días una claridad mental desconcertante, acompañada de balbuceos proféticos y ciertos actos de difícil explicación. Sin embargo, todos morían. A excepción de aquel hombre.

Llevaba tres meses enfermo, y por lo menos uno que no necesitaba comer ni beber. Hacía también dos semanas sin dormir, e intuía que en el correr de los siguientes días, estuviese o no vivo, abandonaría algo más que sus funciones vitales. Y es que algo se estaba rompiendo y rearmando constantemente en su interior, y podía sentirlo, algo estaba buscando una forma adecuada. Había adelgazado horriblemente, pero no como obvio resultado de la falta de alimento. Sus huesos fueron los primeros en afinarse, su cuello se retrajo hasta que las orejas se encontraron a la altura de sus hombros, y unas protuberancias óseas comenzaban a coronar su cabeza, formaban un círculo irregular desde su nuca hasta su frente y poseían unas terminaciones nerviosas que recibían más estímulos de los que cualquier cerebro humano podría tolerar. Cuando las tocaba, veía destellos de colores que no sabría identificar, voces imposibles de reproducir con las letras del alfabeto.

Pálido hasta el albinismo, el sujeto yacía recostado con la mirada vacua y los delgados brazos a los costados del cuerpo. Si uno pasaba muy rápido a su lado, la única forma de distinguirlo de las blancas sábanas era por la negrura de sus ojos, indiferentes puntos oscuros rodeados de unas profundas ojeras. La única enfermera que aún tenía la decencia de atender a los miserables refugiados de aquel hospital derruido, lo evitaba con un terror

visceral, con el respeto con que un niño interactúa con las pesadillas: en absoluto silencio y al borde de las lágrimas.

La anciana hacía sus rondas religiosamente tres veces al día, llevándole a los pocos enfermos la escasa comida y medicamentos que lograba conseguir. Cuando pasaba frente a la habitación del rey pálido, tal como lo había nombrado en sus sueños, bajaba la vista, nerviosa, y apuraba el paso. A veces la puerta de la habitación del hombre se abría y cerraba con violencia, y la mujer sabía con certeza que era obra suya.

Pocos días después, durante una noche helada, el hombre murió. La vieja enfermera, aliviada, dejó al muerto en su cama por miedo a tocarlo, y simplemente selló la puerta con clavos y tablones. En la oscuridad de la habitación, el hombre soñaba.

Mientras su subconsciente se desfragmentaba en la vastedad de una nueva identidad, una historia le era contada: la historia de una raza fría y monstruosa, más avanzada que cualquier otra forma de vida, que había desarrollado una manera de transportarse entre dimensiones, una que, si hubiese podido viajar con libertad, ya nada existiría además de ella.

La única forma de moverse de un punto a otro de la realidad era que existiese un catalizador, un portal, un emisor y un receptor que estableciesen la ruta. Esto les impedía movilizar cualquier cosa de mayor tamaño

que un microorganismo, pero habían encontrado una solución, un virus que asimilaba y reprogramaba a cualquier ser vivo con el que entrara en contacto.

El proceso no era solo biológico, también instalaba un conocimiento y deseos propios de la raza invasora. Imponiéndose a la voluntad de los seres infectados, llevaban a cabo una colonización interna. El proceso era lento, pues la mayoría de los seres no soportaba el proceso, pero apenas el primer parásito lograba enraizarse en un individuo, la invasión ya era un hecho.

Al tercer día luego de fallecido, el hombre despertó. Durante su última ronda, la enfermera dejó caer una bandeja con comida y se desplomó de rodillas al ver la puerta de la habitación del rey pálido abierta. Las tablas estaban partidas y unas finas grietas bordeaban la pared alrededor del marco. De pie junto a la cama, el ser la observaba. Curiosamente, y a pesar de la magnitud del terror que le provocaba, la anciana en ningún momento fue capaz de gritar, ni siquiera cuando un rostro blanco, sin boca y con la nariz hundida en el esternón, se aproximó a escasos centímetros y le susurró horrores guturales que la mujer no comprendió y que le provocaron la muerte.

Con un objetivo claro, el primer colono abandonó el hospital y comenzó la recolección de los materiales necesarios para la construcción del portal. **F**



Apagón

Ernesto Tancovich (Argentina)

AHÍ ESTÁBAMOS, unos pocos, en penumbras, ante la pantalla de noticias, perdida la figura humana bajo el cúmulo de vestiduras.

“Nuestras emisiones se reducirán de tres minutos a dos”, advirtió la locutora. “La dieta se acotará a cultivos que requieran poca luz y a especies de agua fría”.

Restricción, optimización, reciclado, seguían siendo palabras inevitables. La temperatura, en constante descenso, auguraba un invierno con marcas cercanas a -60°.

Bajo las antiparras, las lágrimas se congelaban. Me apuré por llegar a mi sitio, pegado al invernáculo 321. Arrebuñado en el montón de cobijas, aprovechando el remanente de luz y tibieza que fugaba a través de la cortina plástica, esperé la distribución de raciones. A mi derecha el viejo Gaspar se revolvió en su montículo de trapos.

—¿Novedades? —preguntó.

—Lo de siempre.

—Estuve pensando —dijo en voz casi inaudible—. En el principio luz y tinieblas estaban confundidas. El Creador las separó, haciendo la noche y el día.

Le tomó un par de minutos recobrar el aliento.

—Al saber que decretaron su muerte, ofendido, restableció la mezcla original.

El de la izquierda, un tal Rulo, soltó una risita rasposa.

—No, muchachos. Es el poder. Cuando todos estemos muertos hará que vuelva el sol.

Delira, pensé.

—El sol sigue ahí —concluyó—. Lo tienen amordazado.

Busqué el casi olvidado disco, apenas distinguible de la oscuridad glacial por cierto matiz rojizo. Las estrellas, en cambio, titilaban con renovada insistencia, y en la perspectiva de la calle ascendía la luna, planteando el perfil de los edificios muertos.

Al comienzo había vivido el apagón animado de un jubiloso espíritu ácrata, sumándome al saqueo y alborotando al calor de las fogatas.

Vaciadas las despensas, supermercados y depósitos, aquellas bandas alegres se tornarían ferozmente depredadoras, asaltando las casas y echando a los fuegos muebles, puertas, libros y maderamen de pisos y techos.

Rumores de canibalismo me harían buscar el resguardo de los invernáculos, gusanos fantasmales que avanzaban sobre avenidas y parques.

Sin detener la marcha, el hombre del furgón arrojó la bolsa de alimentos. En el mismo vehículo viajaban hacia la usina de reciclado quienes fueran hallados muertos y los que caerían abatidos por los guardias.

La bolsa llegó helada. La arrojé entre las cobijas.

—Volví a soñar comida caliente —dijo Gaspar—. Lentejas con panceta.

—Ayer fueron tallarines con albóndigas — recordé.

—Ojalá tuviera yo esos sueños —dijo Rulo.

Mi vida se reducía a unos pocos trazos. Casi todo el tiempo yacía sepultado en el colchón, aguardando la ración única. Por no pensar me entretenía memorizando listas. De futbolistas, presidentes, películas, cantores, animales, actrices.

—Conocí unos muchachos —dijo Rulo— de la gloriosa Jotapé.

Está loco, pensé.

Gaspar no se movió, el furgón se detuvo, la linterna buscó el bulto. Con movimientos precisos el repartidor lo subió al vehículo.

Enseguida, como si hubiese aguardado al acecho, irrumpió una sombra.

—Se ha desocupado, veo.

Una voz de mujer. Ya éramos sólo voces. Las vestimentas a que obligaba la glaciación nos habían hurtado cuerpos y rostros.

—Tengo la tarjeta. Dijeron que buscara lugar. Vengo del Botánico.

—¿Cómo va todo allí?

—De terror. Ya no queda comida. Ni leña. Están desenterrando raíces. He visto matar por una caja de fósforos.

Su mano enguantada empuñaba un revólver.

—Guárdelo, muchacha. Somos gente amiga.

—Gente amiga intentó matarme. Me llamo Rosa.

Desapareció bajo las cobijas, en contorsiones de topo.

—Mañana, en la pantalla —susurró Rulo—, estarán los muchachos.

Se presentaron.

—Bocha.

—Tula.

Uno, casco de motociclista; el otro, pasamontañas y antiparras de aviador.

—Esos colchones son pasaje a la muerte —dijo Bocha.

—Apenas dejan uno libre alguien lo ocupa —acotó Tula.

—Papeles cazamoscas. Eso son —precisó Bocha, barriendo con un ademán el tendal de refugiados al amparo de las cortinas de plástico.

—En la Bombonera están construyendo una nueva planta de reciclado. Eso dicen.

—Y otra más grande en el Monumental.

—Es preciso salir ya.

—¿Hay geografía de escape? —preguntó Rulo.

—El Delta. Un camino largo y peligroso —dijo Bocha.

—Vendrá Tamara. La encargada del criadero de ranas. Tiene reservados treinta kilos para el viaje —agregó Tula.

—¿Armas?

—Tiene. Ha disparado sobre pescadores furtivos.

—¿Podremos sumar a Rosa?

—A último momento. Si rehúsa, habrá que silenciarla. —dijo Bocha.

Me dio una ampolla de cristal.

—Cianuro. Lo están agregando a las raciones.

Rosa sabía lo mismo que nosotros, o lo imaginaba. Descarté la ampolla. Protegidos por las sombras de la luna nueva, partimos.

—Veinte años atrás —dijo Tula— les hubiese dado guerra. Hoy quisiera hacerme invisible.

—Mejor todavía ser inmaterial —dijo Rosa—. Soltar este traperío, el cuerpo apesotado, la bolsa de putas ranas...

—Hablamos de morir, ¿es eso?

Recapitulé. Había conocido el anarquismo tumultuario, después la falsa protección de un socialismo regimentado y, finalmente, sintiendo la tensión del camino bajo los pasos, cierta iluminación taoísta.

Nos tendíamos a descansar y el camino se detenía a esperarnos, con lealtad de perro. Al reanudar la marcha nos seguía o se adelantaba abriendo el rumbo.

Ayudados por la luna ya creciente cruzamos un río helado, pusimos pie en la primera isla, la atravesamos. En la tercera encontramos una cabaña ruinoso. La linterna alumbró viejas latas de conserva, un calentador Bram-Metal, bidones con querosén, utensilios y herramientas oxidadas.

Vueltos a ser primitivos, recolectábamos. Carpinchos, nísperos, palomas y unas pétreas manzanas salvajes.

Apiñados en torno de un fuego mísero que cuidábamos con devoción, perdimos cuenta de los días.

Una claridad turbia recortó el cuadrado de la ventana.

—Está volviendo —susurró Tamara, tímidamente, como temiendo engañarse.

La luz crecía, incontenible. Con el correr de las horas el mundo revivió en fulgores y tibieza. Comenzó el deshielo. Temí que en la ciudad hubiese muerto el último de los condenados. Y que vendrían por nosotros. Pero no quise decirlo.

Nos quitamos antiparras, pasamontañas, bufandas, cascos y gorros.

Los hombres, uno gordo y colorado, dos más bien flacos y amarillos, todos de barbas hirsutas y ojos atrapados en zarzales de arrugas, resultaron ser tres desconocidos; Tamara, una desconcertante jovencita de expresión malévol, y Rosa una anciana de vivos ojos azules. Fui hasta el espejo partido que colgaba de un clavo. Tampoco ese era yo.

La luz nos había convertido en seis extraños. **F**

男ふたりで、
青春を語り合う？

「オラたちの天下でチュー」

「いい子にしないと太い注射をプスリますよ」

鳥籠のように外壁から張り出した
屋根付きのパレコニー

「おれも仲間

「ハッピー・バースデー
ツュー・ユー！」

狭いところに
更に間仕切り

大人のおもちゃの間屋

ホイ、ホイ！

祭壇に信仰する神仏を、
その下に家宅の守護神を祀る

隣のビルに手術室を増設

光面

紡績工場

ゴミ焼却場

現金屋

トイレトペーパー工場

パン屋

ゴミ集積場

道路「闊洋一帯」

この壁は左右のビルが共用。
どちらのビルが先にできたのだろう？

商店
シャ

Génesis 2.0

Raúl Blackaller (México)

<NOS BORRARON.>

Ana piensa en eso cuando sube la montaña más alta de la ciudad. Acostumbra a tomar su bicicleta, rueda arriba de la montaña a observar el atardecer y la batalla a las afueras de la ciudad. Las noticias llegaban al final del día. Los últimos metros de la cima los tiene que caminar. Deja la bicicleta en el camino angosto que ella misma ha formado día tras día. Ve la ciudad abajo, todas siguen su vida. Las guerreras preparándose con las entrenadoras. Las mamás cuidando a sus bebés. Las campesinas en sus casas, ellas se levantan temprano a trabajar. Ella era vigía, cada atardecer tenía que ir a recibir las noticias del frente.

A lo lejos se ve su compañera vigía. Le da las últimas noticias mediante señas que hace con todo el cuerpo. Las bajas de los rivales, de ellas, los avances de la batalla. Y, el atardecer. Lleno de rojos y amarillos.

<La vida los está borrando.>

Ella sabe que al final se extinguirán. Porque no pueden reproducirse. Primero, la crisis de los alimentos y el derretimiento de los polos por el calentamiento global; luego, la separación de las Californias, la explosión solar que se cargó la tecnología, la erupción del Popocatepetl. Todo esto redujo la población a niveles mínimos en la historia. Y a las mujeres. Nos quisieron borrar, de la historia primero, nos golpearon, minimizaron, nos violaron, mataron, decían que no éramos importantes. Y mira, la vida nos hizo justicia.

Oscurece, comienza el descenso de la montaña. Ellas tuvieron cinco bajas y ellos cuarenta y seis. Buen número, van mejorando en el arte de la guerra. La falta de tecnología hace que las batallas sean nuevamente de trincheras como en la antigüedad. Saluda a Evangelina. La mujer de la génesis.

Evangelina es una anciana venerada en la comunidad. Fue la primera mujer en embarazarse sin necesidad de esperma. La partenogénesis ahora es común, hace 40 años fue un escándalo total. Los hombres intentaron asesinarla varias veces junto a su hija. Las mujeres se organizaron para que no sucediera. Fue la primera escisión genérica. La ciudad ya era una comunidad sin hombres, las migraciones, la guerra de narcóticos. Esa ausencia pudo provocar un salto en la evolución de la humanidad. Las mujeres jóvenes comenzaron a embarazarse sin necesidad de esperma. Se dieron cuenta de que no los necesitaban para nada. Las mujeres parieron clones de ellas mismas. Evangelina es la única que ha tenido tres hijas, idénticas a ella. Las mujeres se atrincheraron en comunidades sin hombres. El pánico de ellos hizo que se declararan la guerra, qué absurdo resultaba. Ellos peleaban para tener mujeres, y las mataban. Aunque pensándolo bien, nunca ha sido diferente.

Quedaban pocas ciudades en pie. Al principio los hombres confiaron en que ellas los necesitarían. La verdad es que nunca sucedió. La violencia escaló hasta niveles de una

verdadera guerra. Ellas cada vez más adaptadas. Ellos cada vez más desesperados.

No había quedado tecnología suficiente para lograr la clonación a corto plazo. Las mujeres, quienes constantemente pensaban en el absurdo afán por luchar para conservar un sexo obsoleto, decidieron sin remordimiento acabarlos a todos. Resultaron muy creativas para la guerra. Creaban armas que los hombres ni soñaban.

Lo primero que comenzó a separarlos en clanes totalmente distintos, aparte del sexo, fue el lenguaje, el de las mujeres cambió totalmente, se volvió más complejo. El de los hombres se simplificó llegando, en algunos lugares, a ser únicamente a gruñidos guturales.

La pintura, la música y, en general, las artes se conservaron en las comunidades de mujeres. En las de los hombres la depresión y la tristeza eran las más recurrentes.

<...y fueron borrados>

Lo inevitable terminó por suceder, los hombres se extinguieron. No quedó ni uno

solo sobre la faz de la tierra. Las mujeres comenzaron a construir una civilización basada en sus principios. Ya no preocupadas por la guerra, comenzaron su propia guerra. Las comunidades se dividieron, cada una con su propia identidad.

La partenogénesis seguía sucediendo. Clones idénticas a su madre caminaban por las calles de las ciudades. Las diferencias genéticas comenzaban a borrarse. Pero entonces, después de años de ininterrumpida paz, un parto perturbó la de la ciudad. La noticia corrió rápidamente por todas las comunidades: un bebé macho había nacido.

La naturaleza los había devuelto. La mayoría de ellas nunca había visto alguno, pero la literatura los había conservado, en toda su violencia y en toda su mala voluntad. Habían decidido mantenerlo vigilado. Ni siquiera existía ya una palabra para designarlo. El equilibrio logrado había sido roto nuevamente por la naturaleza. La incertidumbre se apoderó de ellas. La tercera parte de la génesis ha comenzado... 

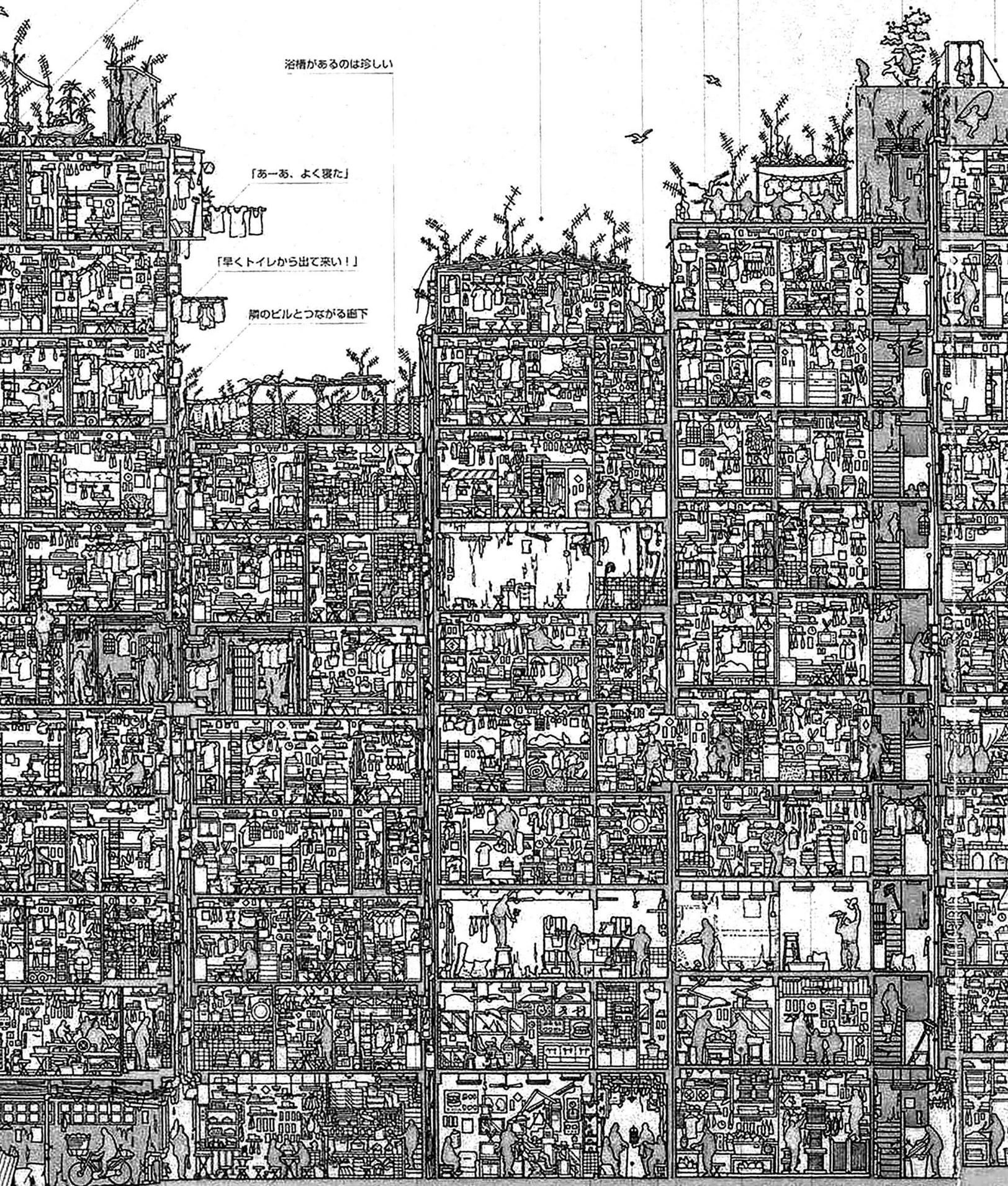
「先に屋上に行っちゃうよ！」

浴槽があるのは珍しい

「あーあ、よく寝た」

「早くトイレから出て来い！」

隣のビルとつながる地下



「見つからないうちに逃げ出そう」

手術中
隣で家族が待っている

La última defensa

Juan Pablo Goñi Capurro (Argentina)

—Es así —confirmó el general de ceño adusto.

El intendente recorrió los semblantes de los presentes.

El secretario de energía, impávido, parecía satisfecho con la confirmación brindada al cónclave minutos antes: dos horas y se les agotaba la energía. Con la respuesta del general, aceptando que sin el cerco eléctrico los muros resultarían inútiles para detener a las hordas hambrientas, las opciones se reducían.

El intendente notó el temblor de los huesos del jefe de la oposición, tan asustado como él al imaginar a las masas desnutridas irrumpiendo en los barrios seguros, en los centros comerciales protegidos, en los parques cercados.

Más adusto aún era el rostro de Virgil, el responsable del criadero. Las fichas se inclinaban hacia él; era el más capacitado para representarse la acción de los mastines sobre los cuerpos humanos, él mismo había dirigido los entrenamientos cuando los entrecruzamientos los dejaron satisfechos. No lo movía la empatía con las huestes indígenas y barriobajeras excluidas de la ciudad inteligente; temía que la energía no retornara a tiempo para protegerlos a ellos mismos de las fieras. La dotación militar instalada en la ciudad confiaba en detener a las bestias. Él no lo creía así, sus animales resultarían indetenibles una vez cebados con la carne hu-

mana.

—Virgil, ¿deberíamos lanzar los mastines con el corte?

—Antes, mientras aún gocemos de la protección eléctrica. Quizá algunos animales se desvíen e intenten meterse entre nosotros, al ser rechazados ya quedarán advertidos que ello es imposible.

Que así sea, completó en su interior.

—¿Cuánto antes? —inquirió el militar.

—Cuando el sistema comience a fallar y titilen las luces; necesitamos que la gente esté en la calle para que resulte más efectiva la acción de los perros.

Él prefería llamarlos así; mastines resultaba mucho y poco al mismo tiempo para esos animales de quinientos kilos, colmillos de tigre, fauces de cocodrilo, piernas de elefantes y velocidad de gacelas; el orgullo del criadero, sus *perros*. Los había visto devorar vacas en segundos; en el mismo tiempo habían acabado con la docena de elefantes traídos de contrabando. Las garras se habían demostrado capaces de perforar los blindajes. Sus *perros*, la última de las armas previstas para las fallas de los sistemas integrados; la que pensó que jamás utilizarían.

—No veo por qué tanto problema, entonces. Si usted considera que sus mastines pueden acabar con las hordas salvajes, los soltamos.

El militar se había hecho cargo del comando sin pedir autorización; el intendente asintió, casi aliviado porque otro tomaba las decisiones que le competían y temía adoptar. La zona del criadero tenía un doble refuerzo; había cerraduras mecánicas como segunda protección. El intendente se permitió una mirada desdeñosa hacia el opositor; habían intentado abortar el proceso cinco años atrás, alegando que eran gastos sin sentido ante la protección que gozaba la ciudad inteligente. Casi lo consiguieron; ni siquiera el mismo intendente estaba convencido de la utilidad de estas fieras asesinas. Mantuvo la apuesta porque le gustaba ganar las divisas.

—Bien, señores. Segovia, informe a Virgil cuando se cumpla el plazo previsto. Usted Virgil, esté atento; alguna modificación del consumo puede alterar las reservas. Considérese autorizado ya mismo para lanzar los mastines ni bien reciba el aviso. Señores, los demás pueden ir a sus casas, esta noche descansarán tranquilos.

Segovia partió raudo; desde la central nacional no le confirmaban a qué hora sería restablecido el servicio. Estaban todos como ellos, preocupados por evitar que los marginados coparan las hermosas urbes donde moraban; Segovia rogó que las fuerzas que protegían la central tuvieran armas tradicionales.

—Sigo sosteniendo que podríamos haber armado un cerco en torno a los edificios principales desde los cuales abatir a los intrusos.

Los salvajes son cobardes, están acostumbrados a ser dominados.

Bravuconadas de militar, el intendente ni consideró la opción; sus propias casas no estaban en torno a los edificios principales. Sus familias y propiedades quedarían a merced de los alzados ni bien se apagaran las luces. La oscuridad inmediata sería la alarma, más que la alarma, la orden de asalto para los salvajes y su sed de revancha.

El general marchó, tras él partió el jefe opositor y el pastor Moya; esta vez, el religioso no había propuesto oraciones ni sacrificios para calmar al dios de los ejércitos, aterrado como todos ante la posibilidad de que los pobres aparecieran en su precioso jardín de estilo inglés.

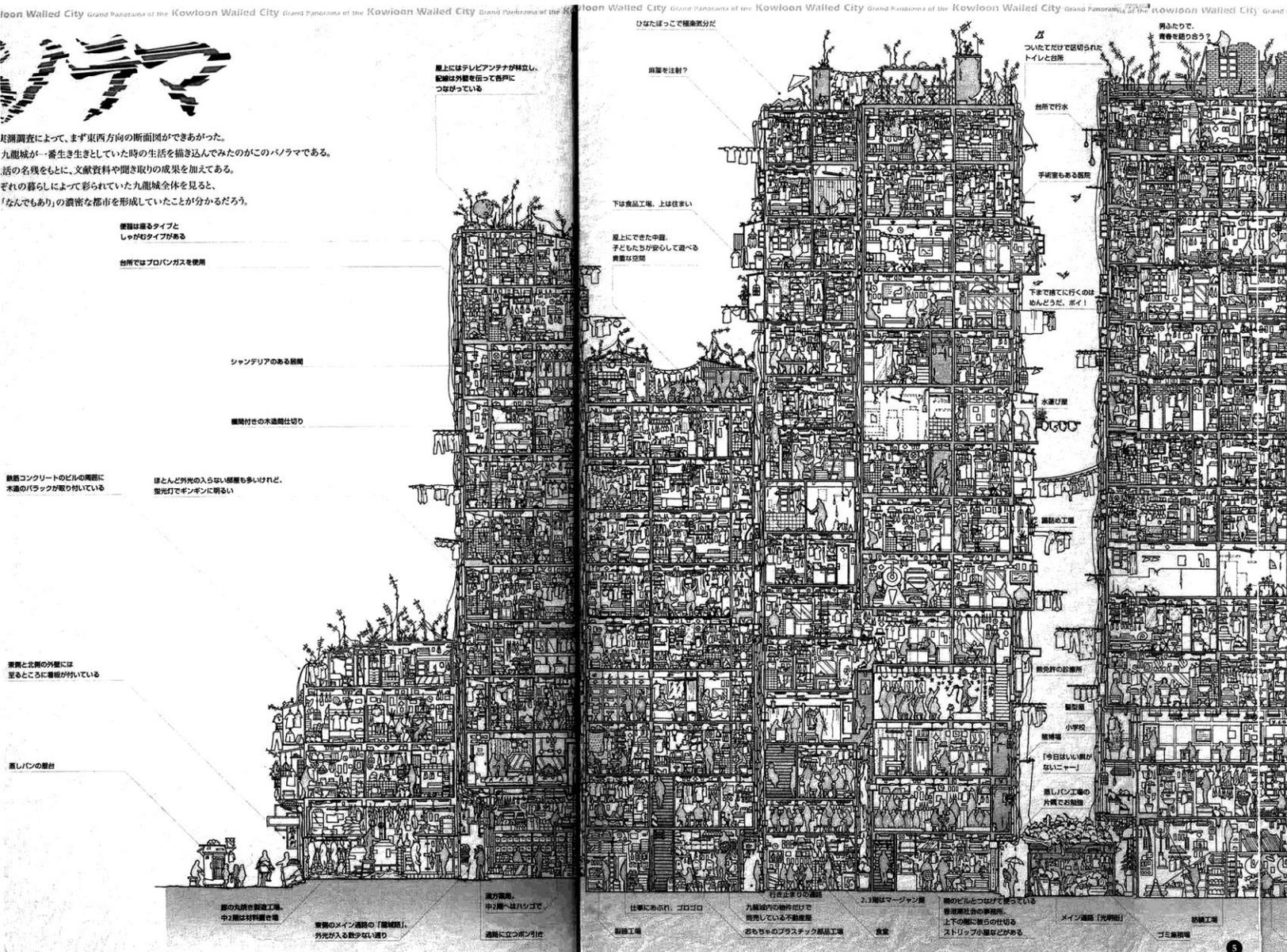
—Parece mentira que estemos hablando de defendernos de esos salvajes. ¿Son incapaces de vivir en paz?, me parece inhumano que, ante la caída de las defensas, lo primero que piensen sea en saquear nuestras propiedades como si fuéramos un enemigo. Ya lo sé, Virgil, no me voy a arriesgar a comprobarlo.

Con décadas dedicadas a la experimenta-

ción, Virgil sabía muy bien que se reaccionaba en relación a los tratos recibidos. Vivían de las sobras esparcidas por los tubos de desechos o de cultivos en suelos contaminados; soportaban el clima extremo en casuchas en constante derrumbe, sin servicios ni transporte. ¿Pretendían que no se comportaran como salvajes? Eran “salvajes” que ellos

habían creado, de la misma manera que habían obtenido esas bestias asesinas a las que debían recurrir para salvar el pellejo.

Virgil estrechó la mano del intendente y caminó por el puente tubular hasta la cinta que lo dejaría en el comando del criadero. Llegó en minutos. Controló la situación en los monitores. Los canales de salida esta-

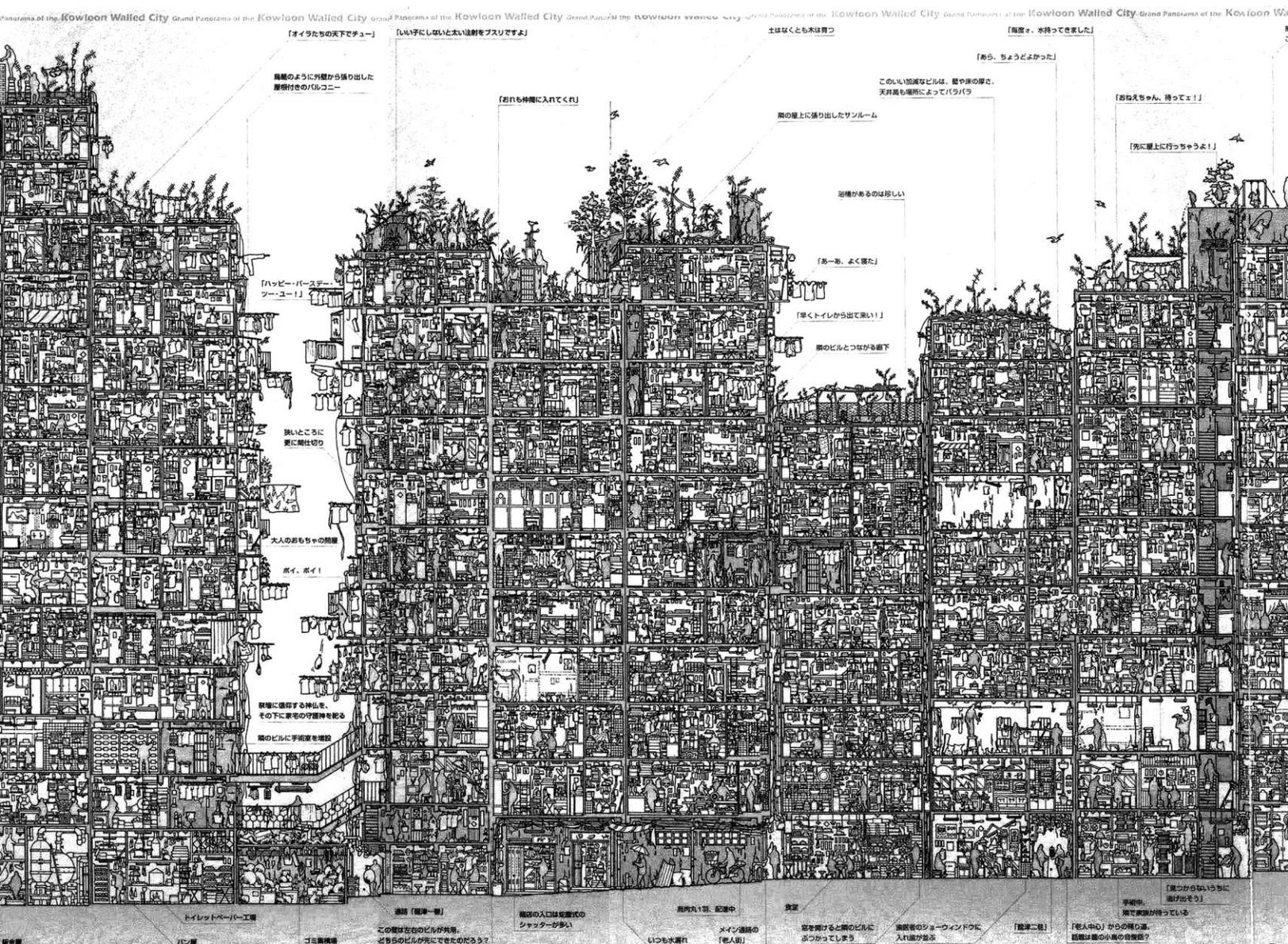


ban libres de exclusas. Delante de las segundas rejas que abrirían a la hora fijada, estaban atados sesenta presos; servirían para aumentar la voracidad de los perros. Sus segundos estaban serios, rígidos. Virgil pulsó el efecto vibratorio; los mastines se alzaron, empezaron a dar vueltas, a enseñar los

colmillos, a cavar con las garras en la arena del piso. Cinco minutos y abriría la primera tranca; los perros comerían su entrada.

Virgil se dirigió a los cuatro hombres que lo acompañaban.

—Que Dios nos proteja —dijo—, esta noche nos convertiremos en bestias. 



Diluvio capital

Oswaldo Castro Alfaro (Perú)

HERMES RIMACHI fue contratado por el ministerio de Agricultura para hacer llover. Le explicaron, al momento de firmar el contrato, que pocos creían en sus métodos. El ministro puso cara de cínico y tragó el orgullo de exalumno de Harvard para palmearle el hombro y expresarle la buena voluntad y confianza del presidente de la república.

Hermes sabía que dudaban de su milenarismo, arte, practicado desde tiempos inmemoriales por curacas incaicos. Si el estado recurría a él, era porque estaba desesperado y veía una crisis social galopante. A sus setenta años la vida le daba la oportunidad de trascender y no defraudaría. Estaba preparado para inundar Lima y alrededores.

Hermes es chamán y su presencia es hartamente conocida en las márgenes de los riachuelos caprichosos. Frecuentemente es convocado para hacer mesadas, pagos a la tierra y sortilegios para llamar a la lluvia. Nadie sabe cómo lo hace, pero su profundo conocimiento empírico de las condiciones meteorológicas y mucha suerte le dan resultados. La fama que pasea por los predios a más de tres mil metros de altura le ha valido el reconocimiento por varias universidades e institutos. Lo contratan para salvar de la aridez a comunidades y pequeñas localidades.

Una tarde fue despertado mientras dormía la siesta en su destartado gabinete en los Barrios Altos. Había leído las noticias y se quedó dormido con el temor del gobierno. Este año no habría Fenómeno de El Niño y

el río Rímac estaría casi seco. Los políticos advertían el terrible problema que se presentaría en los valles cercanos. El desabastecimiento estaba en ciernes si no se cumplían con las temporadas de riego y cosecha. Los productos provenientes de la sierra no abastecerían las demandas de doce millones de capitalinos.

Lima es la única capital latinoamericana situada frente al mar. Paradójicamente, la desalinización de esta abundante masa líquida aún es insuficiente para fines agrícolas y como fuente de agua potable. La costa peruana es desértica, con mínimas precipitaciones pluviales anuales; y la capital peruana, al estar ubicada en una de las zonas más secas del planeta, se convierte en preocupación constante para el suministro. Los orígenes naturales del líquido vital provienen del deshielo de los nevados andinos. Estas maravillas naturales, asoladas por el calentamiento global, se derriten hasta niveles alarmantes, disminuyendo la provisión. Sin embargo, las sequías alternan con lluvias intensas en la serranía que desbordan ríos y activan quebradas. Los esfuerzos que despliegan las autoridades para proporcionar agua potable de calidad se ven dificultados por el elevado porcentaje de cloro usado. Las represas y atarjeas deben emplear sofisticados sistemas para depurar el agua cargada de cadáveres de animales, desechos humanos, maleza y el relave de los asientos mineros desperdigados a lo largo de la carretera central.

El chamán se instaló secretamente en uno de los recodos del Rímac, cerca de su punto de nacimiento. Las autoridades lo monitoreaban con GPS y un sistema de cámaras satelitales lo vigilaba permanentemente. Hermes Rimachi desplegó su sabiduría durante una semana y consiguió que la clásica garúa humedeciera lunas y ropa. Los especialistas del Servicio de Meteorología e Hidrología le dieron una semana más para obtener resultados. Si no lo conseguía, rescindían el contrato y lo penalizaban.

Gracias a su magia, la fastidiosa llovizna fue reemplazada por goterones que producían cierto dolor al golpear la cabeza. Los escépticos opinaron que se trataba de una lluvia de verano, esas lluvias locas de media hora. Grande fue la sorpresa cuando el cielo se oscureció y las tormentas eléctricas empezaron a asustar a los incrédulos.

Llovió como nunca antes y el caudal del río hablador creció peligrosamente. El Rímac se desbordó, activó quebradas e inundó cultivos, desmoronó sus márgenes y ahogó a las viviendas, chacras y animales que vivían a sus costados. Tumbó puentes, incomunicó pueblos y los expertos exigieron a Rimachi hacer el fenómeno contrario.

Hermes, presionado por sus empleadores, sufrió el infarto masivo que le quitó la vida. Se fue de este mundo dejando a Lima bajo las aguas.

La lluvia torrencial no tenía cuando cesar

y los huaycos y aluviones dibujaron la nueva geografía. El agua caída desde el cielo, semejante a un bombardeo indiscriminado, deslizó las casas construidas precariamente sobre el suelo de cerros y arenales. Las viviendas del casco urbano, cuyos techos no fueron diseñados para esta contingencia, se empozaron y filtraron el agua, resquebrajando paredes y estructuras sólidas. La carretera central y las vías accesorias fueron interrumpidas por el derrumbe de rocas. El tránsito desde y hacia el centro del país se bloqueó, rompiendo la cadena de transporte. La capital peruana estaba sitiada y solo podía mirar hacia el mar en busca de peces y mariscos. Las cosechas se pudrieron y quedaron cubiertas por un metro de agua.

En pocas semanas el desierto dio paso a tierras verdes y exuberantes. Crecieron cocoteros, palmeras y gran variedad de frutas selváticas.

Lima es un caos y no sé cuánto pueda resistir. Vivo en un balneario a unos cuarenta kilómetros al sur. Por acá el panorama es estremecedor. Estoy rodeado de aves e insectos de la Amazonía y es muy probable que el río vecino, una vez un insignificante ramal del río Lurín, se desborde. Voy a dormir esperando que esto no suceda. En la madrugada escucho un ruido atronador. Despierto sudando frío, con el corazón desbocado y con mucha sed. Me siento en la cama y bajo a tomar agua. 

Taller de Carne

Manuel Mörbius (México)

—¡LEYVER!

El enclenque muchacho se acerca con la lentitud de la tarde calurosa. La ciudad es irrespirable allí donde empieza la franja del borde exterior. Leyver tiene pensamientos truncos y estudios de lo que le da para contar hasta diez y multiplicarlo hasta el nueve. A veces se conecta a la escuela, pero se siente más libre haciendo entregas.

—Dice Jeremías que le llesves esto.

Le entregan un contenedor con forma de larva, sellado con reconocimiento de biometría.

—¿Por qué no viene uno de los suyos?, ¿ya viste lo que pasó? A mí siempre me pagan con insultos y hoy va a ser una joda atravesar la ciudad. Además, la última vez casi me arrestan.

—Yo qué sé, no preguntes.

Leyver se va inconforme. Ve con desánimo la columna de humo que emana de Nueva Techn-0-chtitlan y sigue caminando. Las paredes están llenas de carteles de viejas funciones de lucha libre con enmascarados que ahora beben en la esquina, ofreciendo sus músculos en retiro como protección personal. Sigue mirando la pared. Las caras de políticos clonados con la sonrisa rasgada, manchada por el tiempo, se impregnan de la contaminación y la mugre.

Leyver escucha flotar a los policías y militares en sus frenéticas carreras. ¡Pecho tierra! Las ráfagas perdidas pasan cerca de su cabeza. Leyver debe de tener cuidado de no

perder el encargo. Se despeja el tránsito aéreo y los semáforos de la ciudad están en rojo permanente.

El sol se cansa de seguirlo en el barrio por todos temido. El mundo de Leyver era la historia de los mártires de asfalto. Como el heroico Don Chema, que luchó bajo el nombre del Vengador del Futuro hasta que un mal diseño en sus anabólicos lo convirtió en el tres veces campeón de la sala de emergencias; o el Chahuistle: un *biohacker* que llevaba tres meses traficando fórmulas y patentes rejuvenecedoras, con los resultados que podían variar entre la hermosura accidental o la ironía de la magia negra.

—¿Qué milagro de San Judas Nintendo? —lo saluda el Chahuistle.

—Pus nomás, de encargo. ¿Qué, jalas? El paquete es de doscientos cincuenta gramos. Te paso comisión.

—Venga. Hoy no hay ventas. No me acalambro, no soy esclavo de la economía ni de las cosas.

Van por la calle y comienza la medida de la noche. El transporte colapsa y la gente sale a quemar botes de basura y estrellar vidrios. Llegan los pacificadores a disparar balas de “sonrisas” (caucho con pimienta). Todos corren y ellos se pierden entre callejones hasta llegar a otro barrio donde una rata envenenada con tungsteno los ataca por la espalda; Leyver le da un puntapié que le baja

la sustancia activa hasta que la rata escupe una gárgara amarilla para salir del trance.

—¡El Leyver! Hace un rato que no te aparecías ¿Qué, ya terminaste la escuela?, ¿no? ¡Qué bueno! Yo soy capitán, tres idiomas, regresé condecorado de las colonias marcianas y ve dónde me tiene el crédito social, ¡Buhhagg!: rezándole al sistema de asistencia para acceder a un recuerdo feliz en el banco de memorias.

Caminan los tres juntos hasta que se topan con el Vengador del Futuro. Don Chema está enfrente a su taxi sacándole punta a la sobriedad. Él saluda efusivo y cuatro inyecciones más tarde, pagadas por la rata, le piden al Vengador del Futuro que los lleve a su destino.

—No, pues hoy mi chatarra no vuela. No hay autorización. Todo está parado por lo sucedido.

Leyver y el Chahuistle siguen caminando hasta que son interceptados por las luces rojas de dos esferas flotantes de vigilancia que les piden identificarse. Ellos no dudan en correr por un sendero que va a dar al desagüe de una lujosa plaza comercial y terminan sumergidos dentro de un fango maloliente. Las esferas de vigilancia pasan de largo y el Chahuistle recuerda que su tragedia apenas acaba de empezar: el paquete ya no está con Leyver.

—Se habrá hundido.

Escudriñan en los despojos mientras discuten sobre la severidad de la pena que le dieron a la madre Leyver por portación de un kilo. Después hablaron de las guerras de recursos sin decir lo difícil que es entender la Historia cuando saben que a nadie le interesa la de ellos.

Por la mañana encontraron triunfales el encargo. Las calles seguían agitadas y se encabulleron hasta el punto de entrega: la puerta trasera de un edificio del gobierno central, donde había un militar con la mirada congestionada de muerte.

—Traigo el encargo de Jeremías.

El militar avisó sin ganas y salió un hombre morbosamente obeso. Leyver pensó: no vale la pena escuchar los gritos en el madero para esto.

—¡Te tardaste un día, cabrón!

Leyver, receloso, entregó el paquete.

—Había mucho tráfico y no tengo bicicleta. Me la confiscaron en una redada.

—¡Apestan! Mira nada más. No te voy a pagar por esta porquería. Váyanse.

Leyver y el Chahuistle murmuraron algo con dignidad y el militar les apuntó a la cabeza.

—Déjalos ir—ordenó el mazacote humano.

Se perdieron en la multitud.

Ya adentro del edificio, un sofisticado subordinado con el cerebro en una pecera verde habló con su masivo jefe:

—Licenciado, no entiendo por qué pide que le traigan eso si le podemos conseguir algo más sofisticado y legal en menos de treinta minutos.

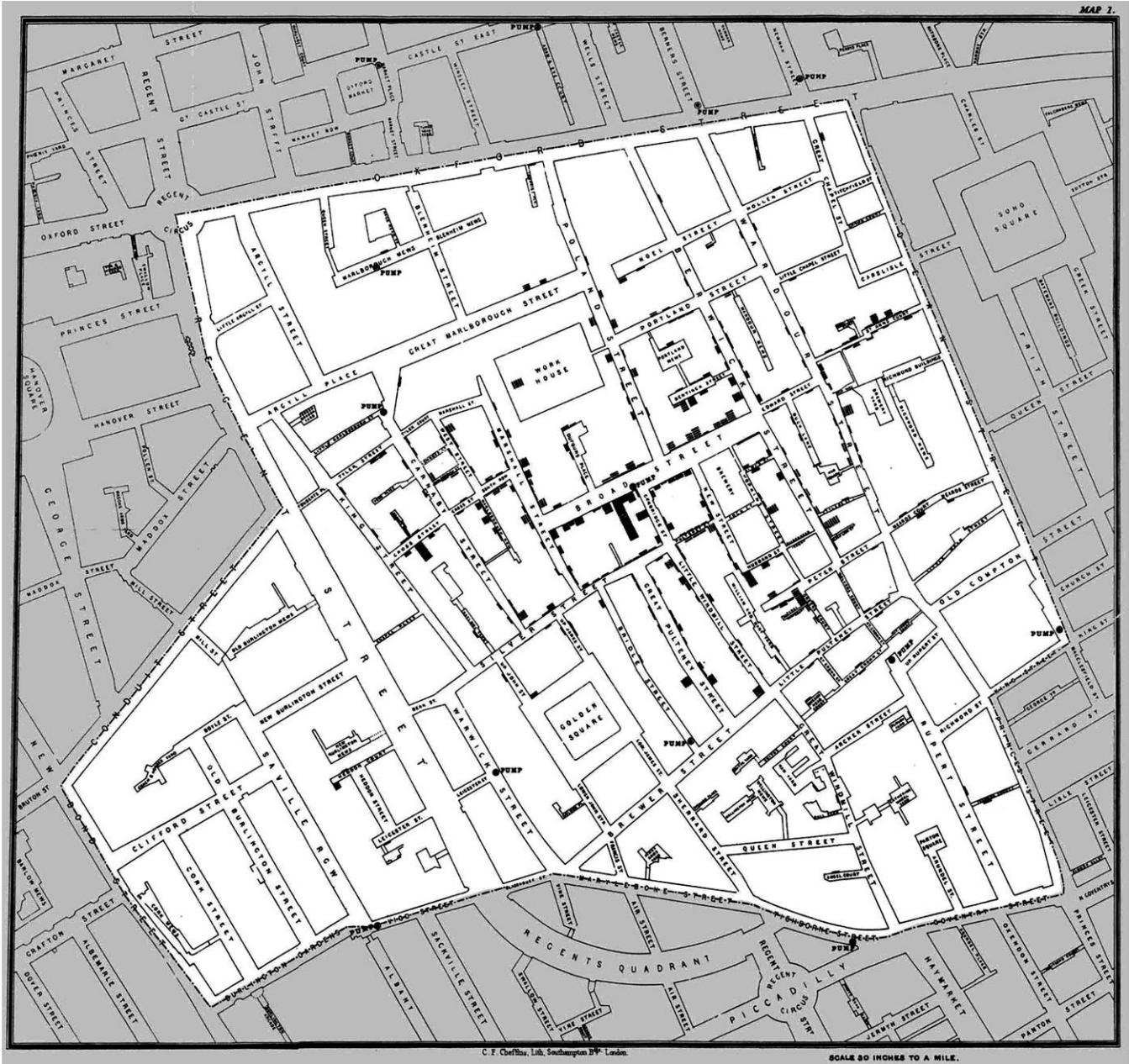
—Sencillo. Esto viene del último madero clandestino. No son vacas y son deliciosas. Creo que el miedo a la muerte es lo que le da sabor a la carne —mira el paquete con la esperanza de que no fuera una pérdida total. Abre el sello y observa con asco—. Esto

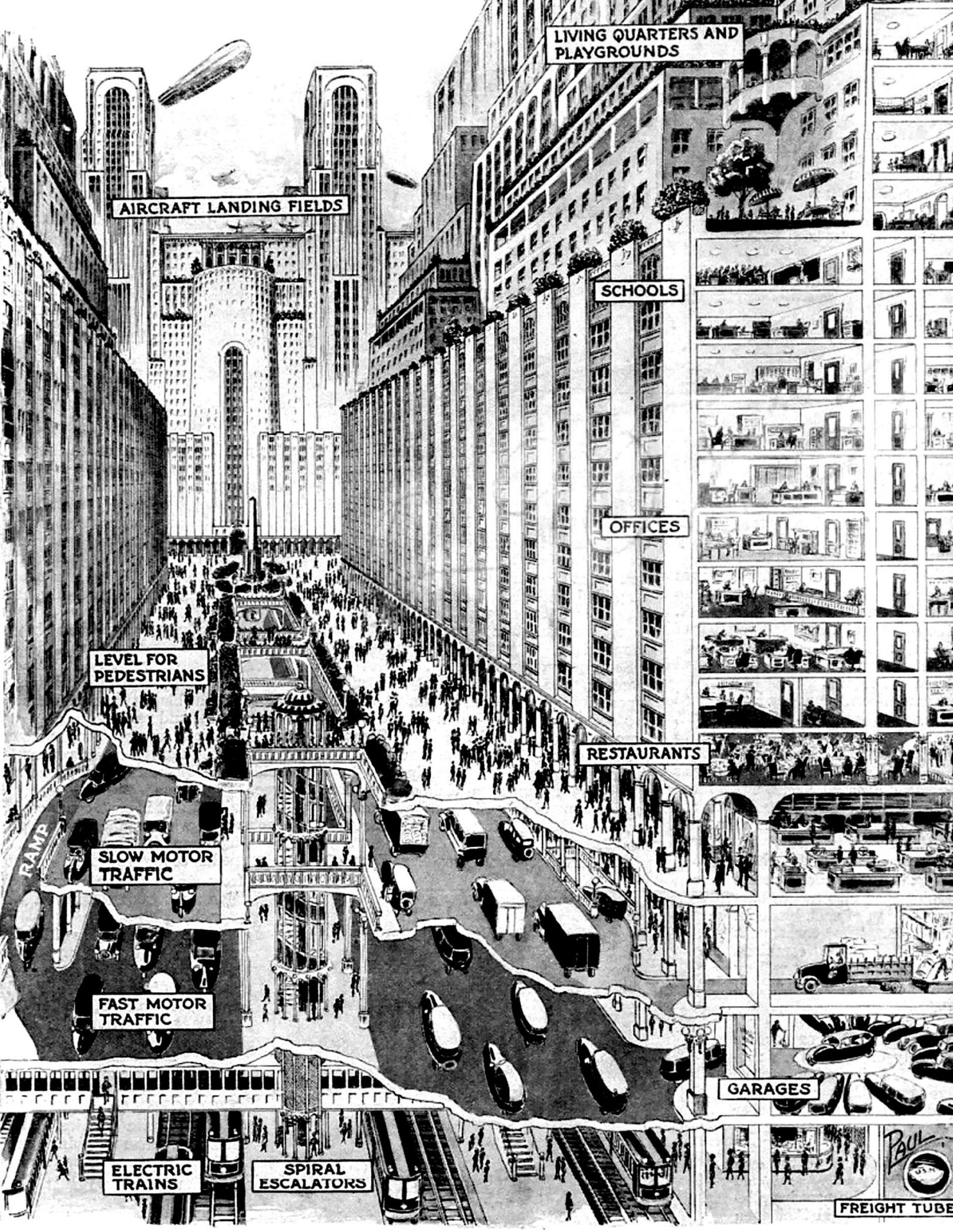
está más podrido que la entrepiera de su abuela.

—Más respeto, licenciado.

—Bueno, era un antojo que no pude sa-
ciar. Da lo mismo —tira la hamburguesa en

el bote de la basura—. Entonces regresemos
a nuestro problema. ¿Qué hacemos? El pre-
sidente se volvió a suicidar y la gente está
cansada de gastar el erario en clones. **F**





LIVING QUARTERS AND PLAYGROUNDS

AIRCRAFT LANDING FIELDS

SCHOOLS

OFFICES

LEVEL FOR PEDESTRIANS

RESTAURANTS

RAMP

SLOW MOTOR TRAFFIC

FAST MOTOR TRAFFIC

GARAGES

ELECTRIC TRAINS

SPIRAL ESCALATORS

FREIGHT TUBE



La caravana

María Rivera (Chile)

ERA MEDIANOCHE y la caravana insistía en salir de la ciudad. Eran miles los autos que se movían en la misma dirección y atestaban el paso a la carretera, conformados por familias enteras donde ancianos, niños, bebés y adultos suplicaban por estar a salvo. Querían abandonar, habían bajado los brazos. Se habían cansado de luchar contra un enemigo más poderoso que ellos. Solo buscaban un poco de calma, la que aquí no volverían a encontrar. Esperaban llegar a casa, a algún lugar al que pudieran llamar hogar, porque en esta ciudad ya no quedaba nada.

Ahora, se refugiaban en la oscuridad nocturna para no tener que esperar en el atochamiento matinal. Sin embargo, la cantidad ilimitada de vehículos que se presentó esa noche no ayudaba en nada a agilizar la huida. El anuncio reciente del presidente de la (llamada) República los había asustado aún más, por lo que todos aquellos que contaban con autos no se arriesgaron en quedarse. Es que ya nadie sería inocente.

Nosotros, los que nos quedábamos, marchábamos al unísono a un lado de la carretera en sentido contrario, en busca de otra cosa: libertad. Llevábamos puestas las máscaras antigases que nos cubrían el rostro y la cabeza completamente. Ya habíamos aprendido que nos vencerían sin ellas. Las bombas lacrimógenas que nos lanzaba el enemigo tenían el efecto de desbaratarnos y dejarnos a merced de la desesperación. Todos sus com-

ponentes reaccionaban con tal eficacia y potencia que sus efectos nos afectaban de inmediato: desde el olor de la explosión hasta la picazón en la cara, desde la tos paralizante hasta la ceguera temporal. Todo eso nos volvía atontados, inmovilizados.

Era el escenario perfecto para que nos apuntaran sin que nos pudiésemos defender. Nos apuntaban a los ojos, disparando sin piedad. Entonces, la ceguera temporal se volvía permanente. Muchos pudieron salvar uno de sus ojos, pero muchos otros perdieron ambos. Es por eso que tuvimos que aprender a defendernos mejor y a reforzar las zonas donde estas bestias armadas nos querían mutilar. Nuestros cuerpos no volverían a ser dañados, no de nuevo. Nunca más.

El combate ya había comenzado. Los de la primera fila corrimos rápido al lugar desde donde la policía militarizada arrojaba sus municiones y sus porquerías. Las bombas nos caían encima como fruta podrida, esperando reventarse sobre nuestras cabezas y penetrar por nuestras narices con su hedor a dulzor rancio. Sin embargo, y contra todo pronóstico, gran parte de nuestra escudería estaba confeccionada con los restos de las barricadas, por lo tanto sabíamos cuánto podían resistir. Ágiles, nos escondíamos y protegíamos para seguir avanzando. Los más intrépidos seguían la carrera saltando como animales salvajes listos para defender su territorio.

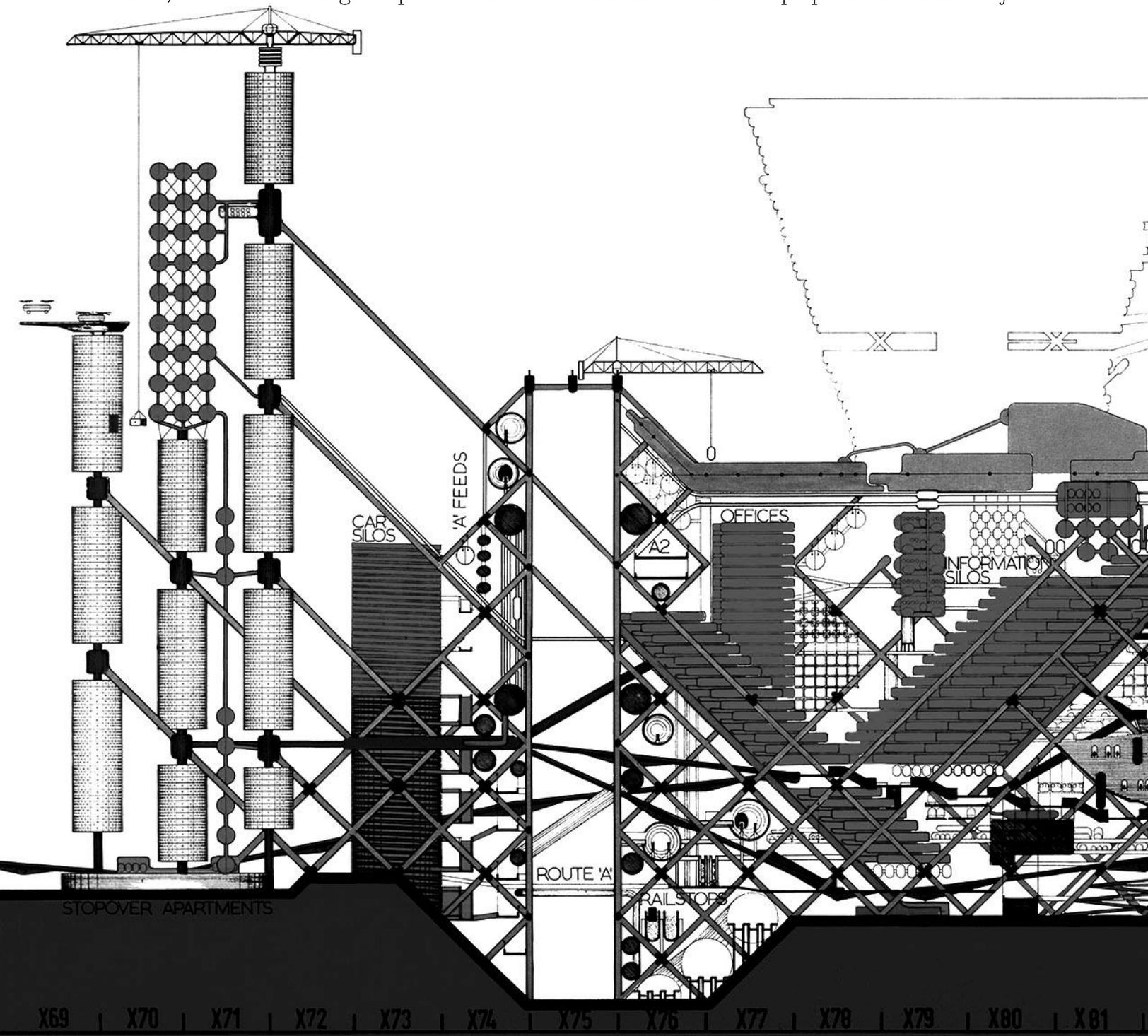
Las máscaras funcionaban bien: por más que nos lanzaban las bombas, ninguna nos

hacia daño. Habíamos descubierto la forma correcta de combatirlos y estábamos orgullosos de eso. Esta vez éramos invencibles.

Salté, animado por la valentía de los demás, sobre la caravana. Avanzaba rápido cuando una corazonada me detuvo en seco. En ese instante, como si alguien me lo hubiese ordenado, giré la cabeza, miré hacia atrás y pude ver a uno de mis compañeros con los ojos desorbitados por el horror. Entonces, se escuchó un grito proveniente del

interior del auto sobre el que yo estaba parado y, al igual que mi compañero, no pude soportar lo que veía.

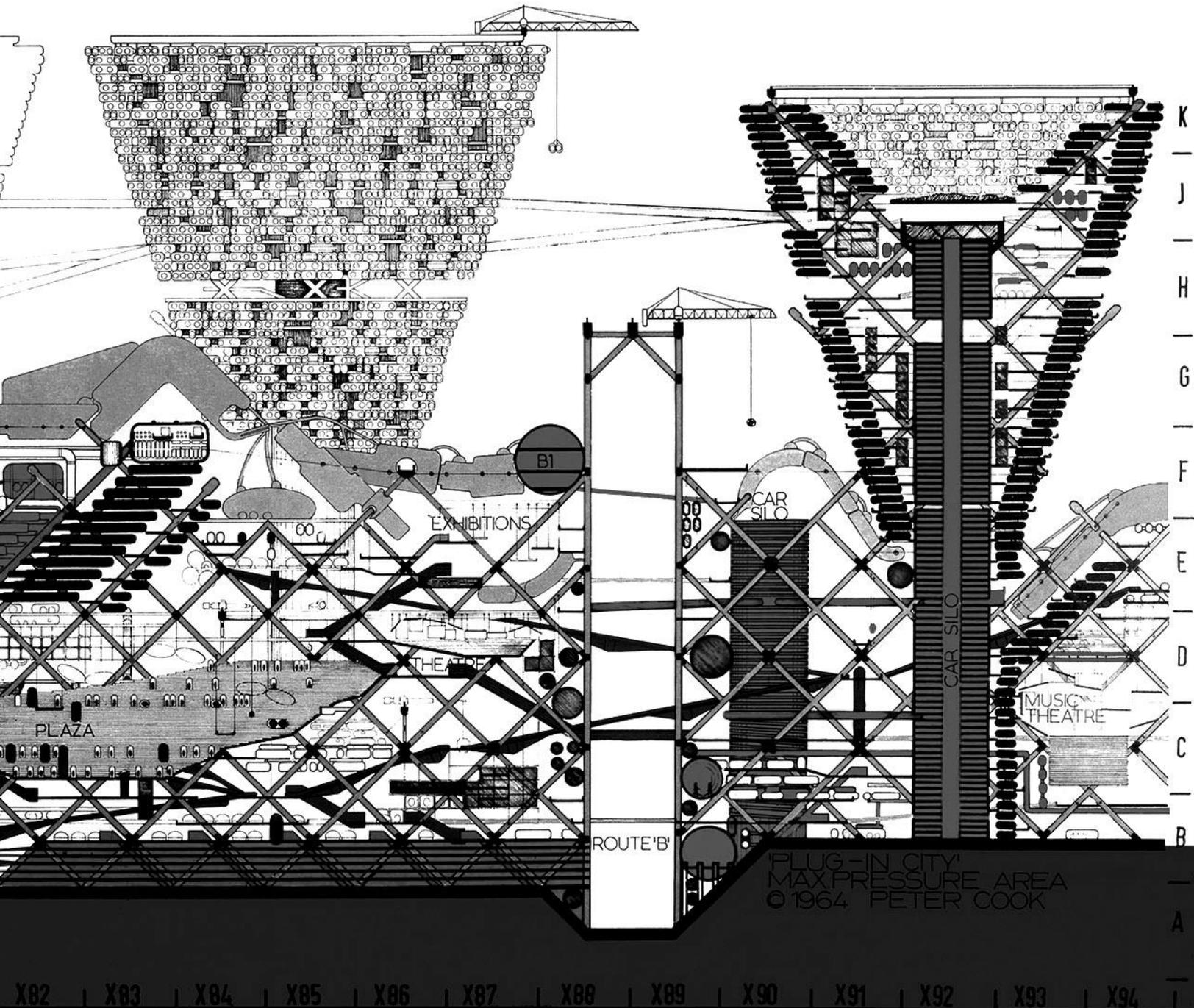
Los químicos de las bombas habían penetrado por las rendijas de las ventanas de los autos, envenenando y asfixiando a los pasajeros, provocando una muerte lenta y retorcida. La presión arterial subía a tal punto que los globos oculares se hinchaban hasta estallar. Los parabrisas de los autos comenzaron a teñirse de pequeñas manchas rojas

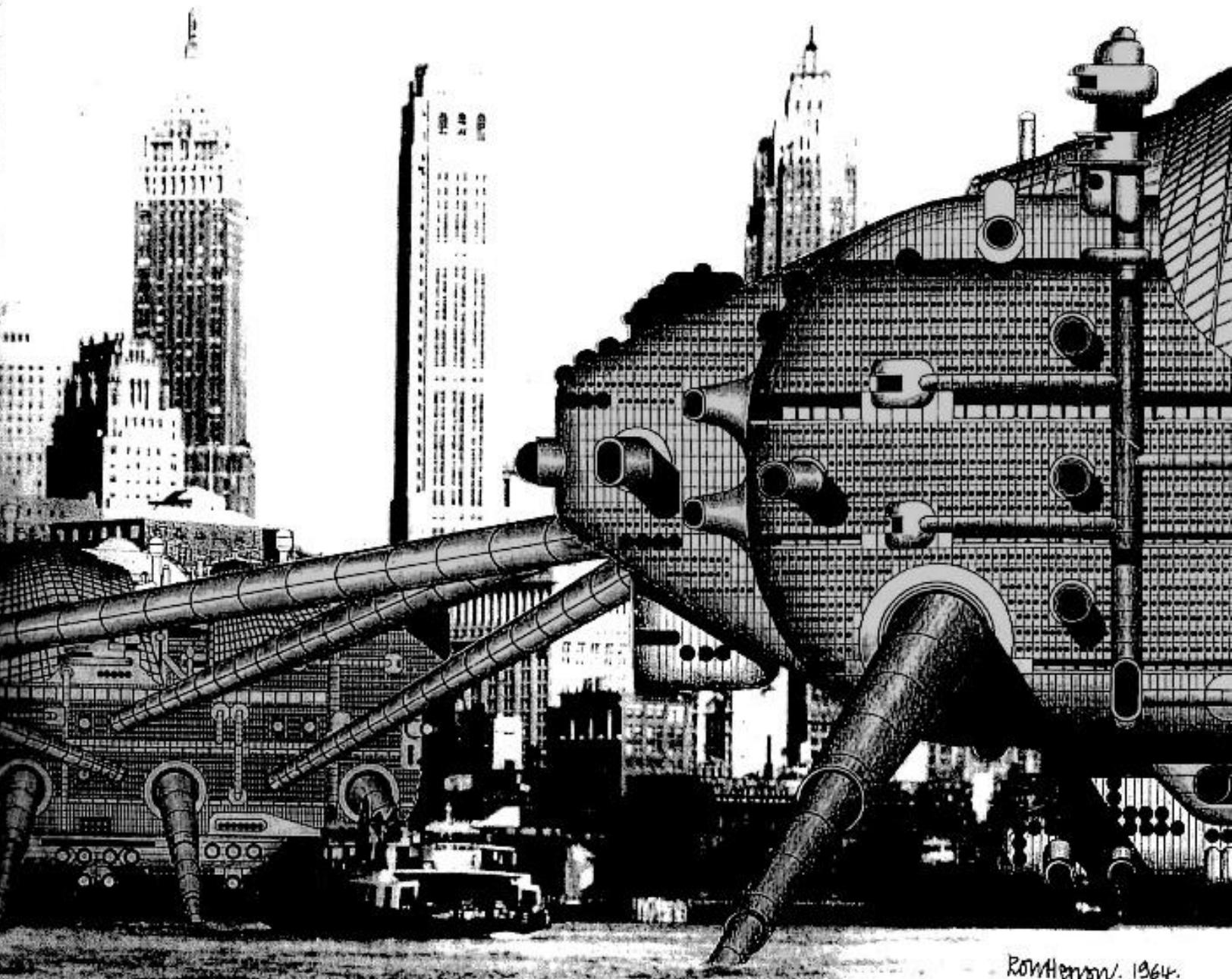


disparadas en par, unas más grandes que otras. La piel se empezaba a diluir, como si fuera líquida, a excepción de la cara y las huellas digitales, las que se derretían convirtiéndose en una masa amorfa, indescifrable, en donde huesos y músculos, piel y cartílagos se fusionaban hasta compactarse y amalgamarse en una pasta irreconocible.

Un sinnúmero de gritos feroces comenzaron a emanar desde el interior de los autos.

La caravana se convirtió en un coro fúnebre donde parecía que familias enteras formaban parte de un ritual, el mismo del que estaban intentando escapar. Un ritual maquiavélico y completamente planificado, orquestado por un gobierno que solo buscaba que los cuerpos se desmembraran del resto de los manifestantes, que se quedaran silenciados, apartados y ausentes, pero por sobre todo, que mantuvieran su anonimato al final del día. **F**





RonHenson. 1964.

Abducción

Ulisses Luján (México)

...VOY EN UNA CANOA. En la parte trasera cargamos flores, verduras, legumbres, una pareja de guajolotes, pieles de venado, vasijas. Un hombre va remando y señala la ciudad blanca allá delante. A mí me atemoriza aquella ciudad, porque dicen que no es como mi patria; ahí hay gente peligrosa, gente que padece una clase peculiar de locura. A veces basta con sólo mirarlos a la cara para que decidan sacrificarte.

Intento disuadirlo de que no nos acerquemos más, pero no puedo, traigo al hombro un arcabuz. Veo templos ceremoniales flotando sobre el agua, enormes jardines multicolores, aviarios en forma de cúpulas, piletas rebosantes de peces, calzadas larguísimas con árboles frutales, chozas, patios empedrados. Otras canoas se nos unen al flote, cargan montones de artículos para mercar en el tianquis, ubicado al norte del lago. Nadie nos nota llegar...

—El generador de imágenes se ha detenido, doctor, debido a una sobrecarga de realidad —dice una mujer a su costado, quitándole la diadema conectada a una pantalla de plasma. La voz del doctor Contreras habla a través del megáfono.

—¿Se da cuenta, señorita Johana? Eso ha estado muy cerca. Pudimos revivir un momento fijo en la conciencia histórica.

—El código de identificación del abducido es: 66408962-Ib y pertenece al sector 31MA, está aquí por homicidio.

—Me gustaría inducirlo a la antigua Tenochtitlan, antes de la llegada de los españoles, pero esta ciudad ha sufrido tantos cambios a lo largo del tiempo que no podemos fijar un solo periodo. Nuestra hipótesis sería inconsistente.

—Esta vez, si me lo permite, doctor, podríamos inducirlo al siglo XIX, durante la era los imperios o al siglo XXVI, la novena era digital; dos épocas distantes entre sí en las que el idioma castellano mostró sus mayores cambios morfológicos.

—Cómo me gustaría demostrar, señorita Johana, que dichos cambios están asociados a la sobrepoblación y que ésta es el principio de los males sociales; pero después de fracasar tantas veces, comienzo a dudar de la factibilidad del experimento.

—Este abducido parece tener una conciencia histórica distinta a los otros, doctor — responde la mujer, ajustándole de nuevo la diadema en las sienes.

Él permanece tendido sobre la mesa de disecciones, sin poderse mover. La doctora prepara otra inyección con sustancia fosforescente. Le dice hasta pronto.

...y despierto en mi cuarto. Con el corazón agitadoísimo. Sudo en exceso. Observo alrededor. Es casi tarde para llegar temprano a trabajar. Tomo un baño a vapor. Me viste la computadora. Afuera hay un pasillo desplazable donde están formados otros sujetos idénticos a mí. En la puerta hay una inscrip-

ción con relieve: 66408962-Ib. El elevador cilíndrico me succiona. Miro a lo lejos la ciudad conocida como La antigua Hispania, recorre miles y miles de kilómetros, constructo de toboganes transparentes, estructuras desproporcionales de metal, complejos laberínticos de luz láser y una capa densa de smog impenetrable.

Mi trabajo consiste en apretar una y otra vez un mismo botón, frente a una pantalla que me ordena cada cuando lo haga. Transcurridas varias horas, la computadora me da señal de salida; he cubierto mi cuota diaria de tecleos. Todos regresamos al pasillo desplazable. Quiero decirles que somos parte de una simulación dentro de otra simulación; quiero comunicarme con ellos, pero no puedo. Al abandonar la antigua Hispania, alcanzo a notar cómo las luces de la ciudad van apagándose una por una. En poco tiempo, la ciudad queda totalmente deshabitada.

—66408962-Ib está consciente, doctor — dice la mujer en tono satisfecho.

—Magnífico. ¿Cómo estuvo su desempeño?

—Es notable: comienza a tener conciencia de sí mismo por medio del lenguaje que le es impedido expresar. Aun así, quería provocar una insurrección ideológica en pleno siglo XXVI. Qué locura.

—¿Por qué no lo inducimos al siglo XXI? dicen que México entonces llegó a gozar de una estabilidad insospechable de recursos lingüísticos, pero que también fue catalogada como una de las ciudades más violentas del mundo.

La mujer prepara otra inyección de sustancia fosforescente.

Él quiere escapar de ahí, zafarse de los cinturones que lo amarran a la mesa de disecciones, decirles que paren, que detengan el experimento, que prefiere regresar a su celda antes de experimentar otra vida; pero está sedado.

Hasta pronto, vuelve a decir la mujer.

...camino por una ciudad detenida. Volteo a todas partes. No sé qué busco. Los automóviles, los semáforos, las personas, sus mascotas, todo permanece en una absoluta inmovilidad. Recorro las calles sin noción del tiempo, cruzo puentes, duermo en casas habitadas, en supermercados repletos de gente; todo quieto, sin sonido. Como fantasma me desplazo, sin saber si el mundo debería ser o no así, he olvidado el idioma que lo significa. Decido subir a un rascacielos y desde las alturas veo esta ciudad que no tiene línea fronteriza, es tan grande que me angustia nunca llegar a recorrerla, permanecer a solas, sin hablar con nadie, es un tormento. Doy un paso hacia enfrente, quedo suspendido en el espacio...

—¡La conciencia detuvo el tiempo, en un acto de defensa, doctor!

—No lo creería posible de no ser testigo, señorita Johana. Y también me temo que hemos gastado nuestros últimos recursos en ese viaje al siglo XXI, sin descubrir nada que no supiéramos.

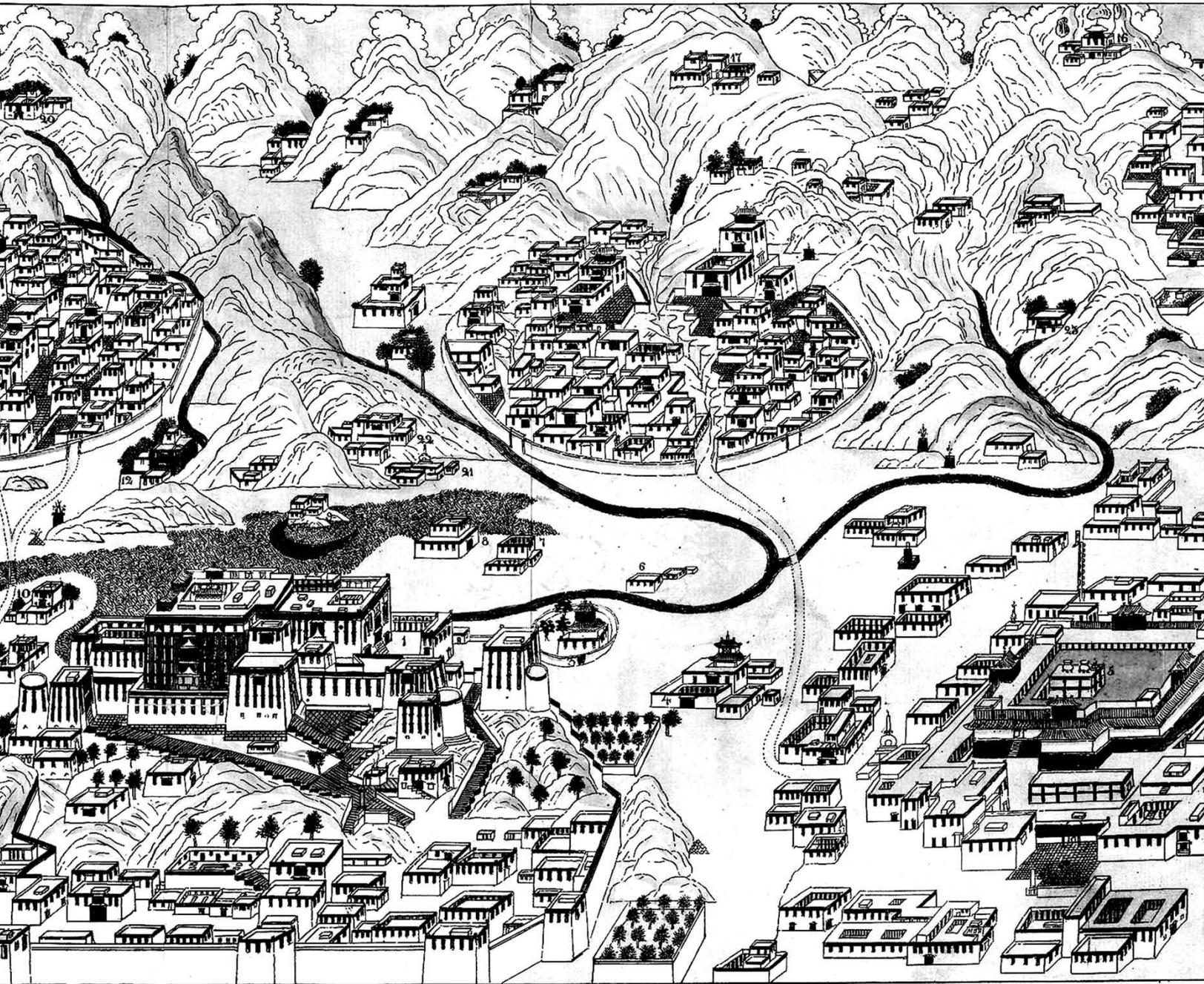
Por fin la puerta se abre y el doctor Contreras aparece frente a él.

—Estimado 66408962-Ib, ha sido un honor trabajar en usted. Nos ha proporcionado importantes avances para nuestra investigación. Comprendemos que estará agotado. Mañana no recordará nada de lo sucedido, se

lo prometemos.

La mujer introduce esta vez una inyección fosforescente de un color distinto.

—Regrese a donde pertenece. Hasta pronto. *F*



Видъ Будалинскаго Дворца въ Хласъ

La última oveja eléctrica

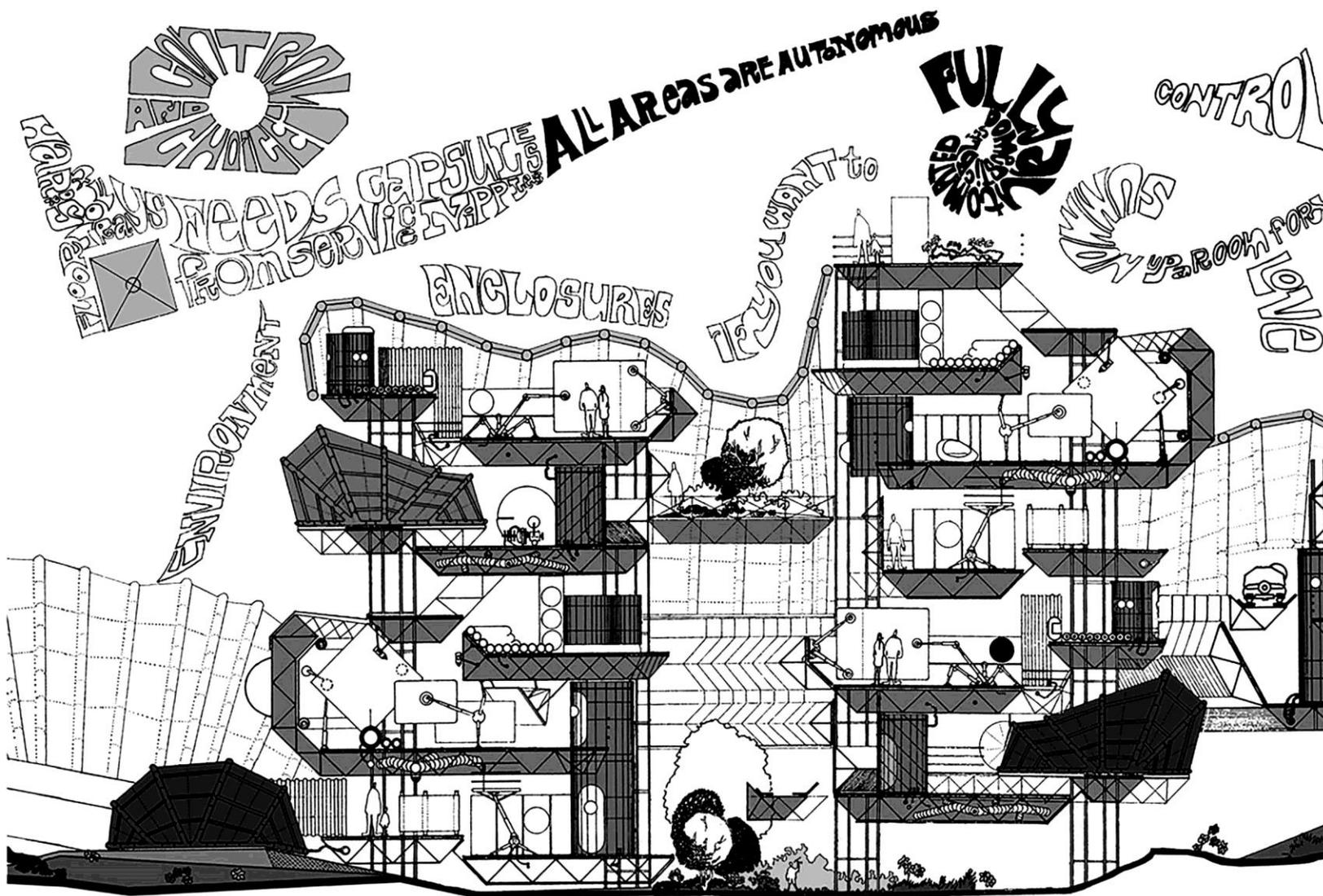
Felipe Huerta Hernández (México)

UNA VEZ QUE RETIRÓ a todos los androides, Rick Deckard notó algo raro en su oveja eléctrica. Ésta había mutado. Fue probablemente por la misma extraña causa por la que desaparecieron primero todos los búhos. Quizás debido al continuo polvo omnipresente que convertía a los normales en especiales. El caso es que su oveja presentaba manos y piernas humanas y lo más importante: Un gran nivel de empatía, como si Mesmer mismo la hubiese enviado.

Por si esto fuera poco, la oveja comenzó a repro-

ducirse por sí misma, de manera autónoma y rápidamente. Sus descendientes heredaron la destreza manual de los humanos y la docilidad de las ovejas. La Corporación los incautó. Se les usó primero como ayudantes domésticos. Después, cuando ya eran demasiados, se les incorporó al ejército.

Por su docilidad eran, a diferencia de los androides, el arma perfecta, la máquina esencial para la colonización, el nuevo luchador sintético por la libertad. Pero seguían reproduciéndose sin control. Y aprobaban sin problemas el test Voight-Kampff



dado que no existían achatamientos en su afecto. Afortunadamente podían distinguirse de los humanos por su aspecto físico.

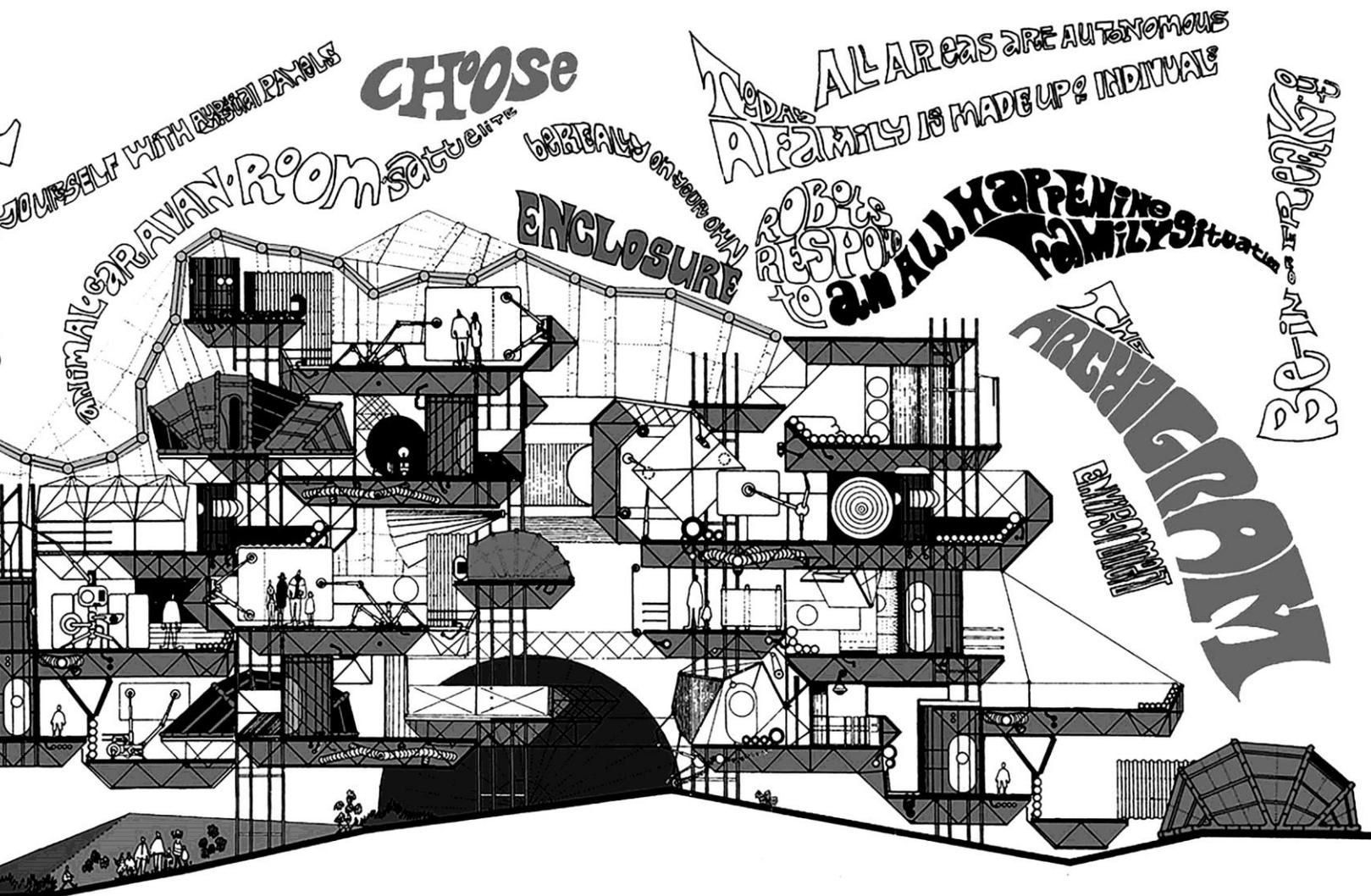
Salieron del catálogo Sidney tan pronto como habían entrado pues fue cuestión de tiempo solamente para que hubiera demasiados de esos seres ahí y su precio cayó notablemente. Entonces sonó la alarma para la especie humana. Eran muchos y aunque obedientes estaban armados. Comenzó la paranoia: los atacamos; los diezmamos. Nunca se defendieron. Pero fuimos demasiado crueles con ellos.

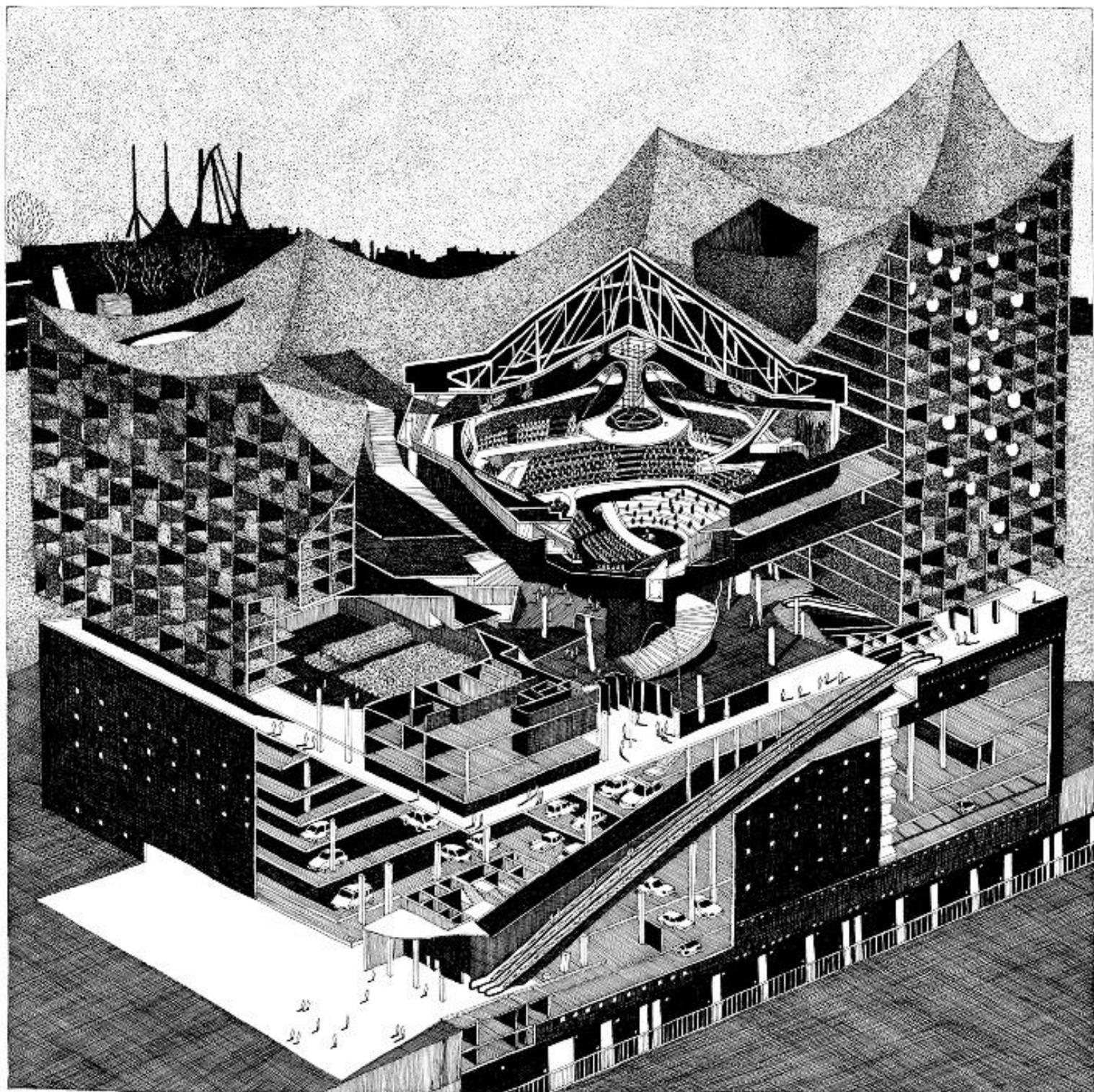
Algún otro paranoico de La Corporación dio la orden de liquidarlos por completo temiendo que los pocos que quedaban se vengarán de las atrocidades cometidas. Paradójicamente se utilizó a los cazado-

res de bonificaciones para retirar a los pocos mutantes que aún quedaban en manos de algunos millonarios excéntricos.

Y allí estaba, Rick Deckard, en esa fiesta organizada por el multimillonario Carlos Slim V viendo bailar al último descendiente de su oveja eléctrica. O quizás era la misma. Rick ya no sentía afecto por ella pues gozaba del dinero suficiente merced a la gran cantidad de trabajo que tuvo (se había podido comprar ya un avestruz vivo). Sacó pues su arma láser y le apuntó a la cabeza. Todo mundo corrió menos ella.

Mientras jalaba el gatillo, antes que cualquier duda, un recuerdo ¿implantado? llegó repentinamente a su cabeza: "los pastores serán brutales mientras las ovejas sean estúpidas". **F**





La ciudad en llamas

Oscar Sanguinetti (Venezuela)

LLEGUÉ A PENSAR que éramos inmortales hasta el día que murió mi papá. De él recibí muchas enseñanzas y escuché cada palmo de la historia de mi ciudad.

Cuando cumplió cien años de edad, le pregunté a que se debía su longevidad y a partir de ese momento me reveló toda la verdad.

Me habló sobre el viejo de la plaza. Ese hombre arrugado por el paso de los años que llegó a ser un general al que observaba a diario, sentado en uno de los bancos de madera frente a lo que, reconstruido hoy día, fue en el pasado la casa de un marqués. Vestía su liqui liqui blanco algo curtido; otras veces, lo veía con su paso apaciguado sin perder la altivez de militar llegando a ese lugar.

La muy noble y muy leal, le decían a mi ciudad donde vivía un marqués, título que ganó, según cuenta la historia, pagando muchas morocotas de oro al rey de España, monedas que en un día pensó utilizar para cubrir el piso de su casa.

Al estallar la guerra de independencia, uno de los primeros en enrolarse en el ejército libertador, con apenas 16 años de edad, fue el viejo de la plaza que conocí. Fue incentivado por su tío el marqués, quien dijo en una ocasión «Ya estoy muy viejo para que me gobierne un rey», y ofreció donar más de dos mil caballos por la causa de los patriotas.

La ciudad fue devastada por dos guerras, y cada vez que era sitiada, los enemigos prendían fuego a sus edificaciones, entre ellas la

casa del marqués, a quien en la primera guerra confiscaron todos los bienes y lo mandaron a prisión hasta el día de su muerte.

Aquel muchacho, que con el paso de los años se convirtió en el viejo de la plaza, se destacó en muchas batallas y llegó a ser el edecán del Libertador. Su valor indiscutible lo hizo convertirse en capitán a los diecisiete, coronel a los veintitrés y general a los treinta.

Cuando terminaron las dos guerras en que participó a lo largo de sesenta años, por no tener donde pelear, regresó a su ciudad, consiguiendo un lugar en ruinas, pobreza y ausencia de las personas que una vez conoció.

Acostado en su hamaca, dentro de la ruinoso casa colonial que lo vio nacer, esperaba a que el tiempo le brindara una solución. También recordaba la carta que le entregó el marqués antes de irse a combatir, a la que nunca había prestado atención.

Buscó dentro de su baúl, el mismo que cargó donde su presencia hiciera falta. Sacó de él todos sus recuerdos. Su uniforme de general, sus botas y su sable, y, hurgado en el fondo, halló el viejo papel de sesenta años de antigüedad. La carta decía:

Estimado sobrino, cuando regreses de la guerra, y estoy seguro que nuestra causa triunfará, busca en mi casa un sótano que construí. En él hallaras suficiente dinero para reconstruir la ciu

dad, y una máquina que construí después que tuve una visión, pero nunca la llegué a utilizar. Revisa su interior, allí encontrarás las instrucciones.

Al día siguiente, el viejo de la plaza, con la ayuda de uno de los hijos de un amigo que peleó en la guerra junto a él, se dedicó a buscar en medio de los escombros y la maleza el sótano secreto del marqués. Al cabo de un mes de búsqueda, lo encontró.

Tal y como lo dijo el marqués en la carta, el lugar estaba lleno de doblones de oro, joyas, piedras preciosas y una extraña máquina.

El viejo de la plaza, guardando el secreto del hallazgo, trasladó la maquina hacia otro lugar que solo él y el muchacho conocían, pero lo demás de valor, lo entregaron a la municipalidad para reconstruir la ciudad.

Leyendo las instrucciones de la máquina, hizo que el muchacho entrara en ella y luego él.

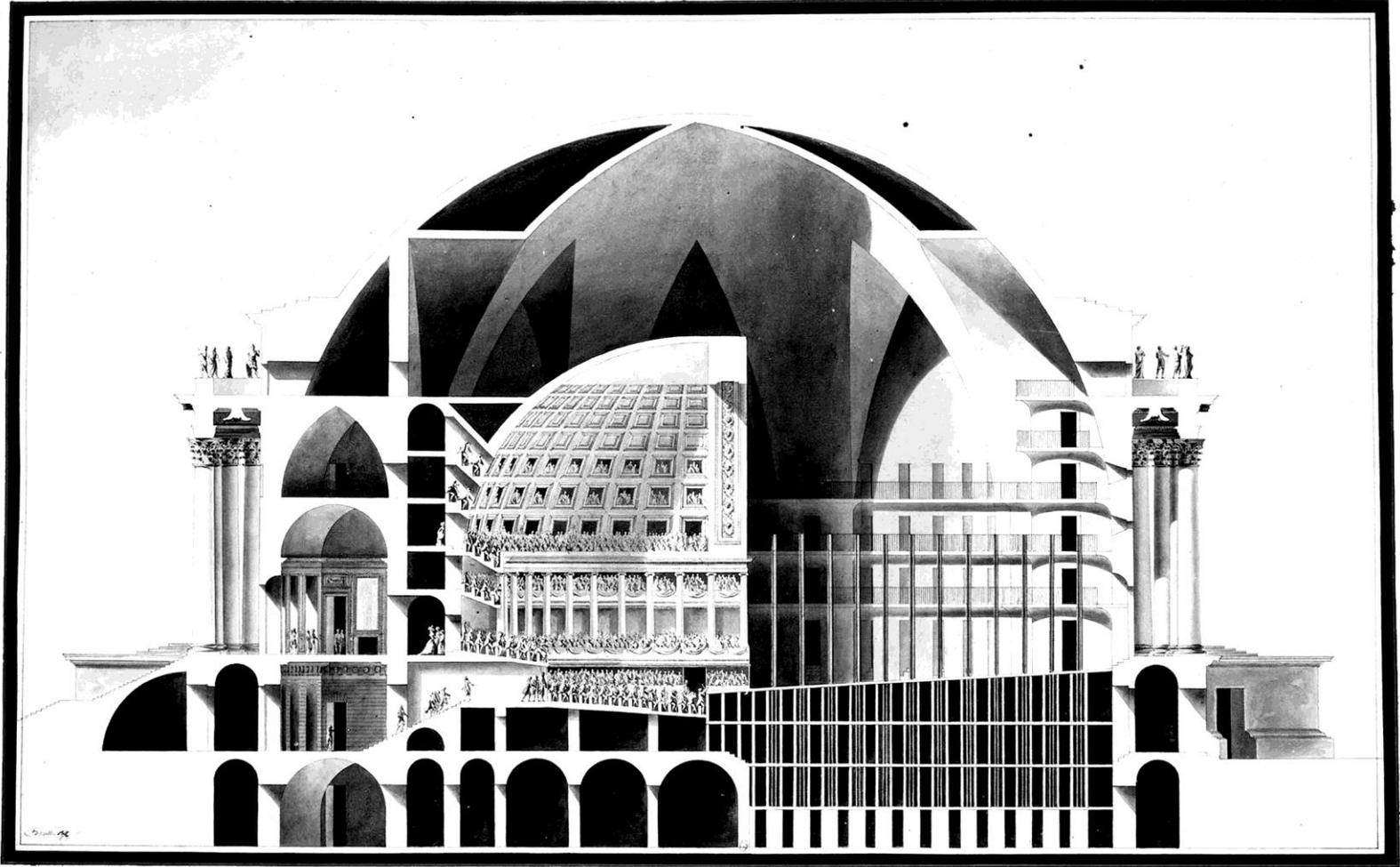
Ya han transcurrido más de ciento cin-

cuenta años de aquel hallazgo, el viejo de la plaza vivió más de doscientos, y mi padre, que hace poco falleció por causa de una enfermedad, alcanzó a vivir ciento setenta.

Soy el único que conoce la existencia de la máquina, su ubicación, cómo funciona y cuál es su finalidad. Aunque se desconoce el destino del tesoro que dejó el marqués para reconstruir la ciudad, ésta se recuperó por sí sola, por el trabajo de su gente y la llegada de muchos foráneos.

Mi padre dedujo que su longevidad se debía a esa máquina, por lo que decidió introducirme y nombrarme el sucesor para poseerla. Ya he ingresado en ella a más de quinientas personas, con la suficiente discreción para que nadie se entere donde está ubicada, además he comenzado a elegir quién será mi sucesor.

El que elija será el encargado de darla a conocer al mundo después que yo muera. Deberá cumplir todos los planes para recuperar a la ciudad y así cumplir la voluntad del marqués. **F**



COUPE SUR LA LONGUEUR DU THÉÂTRE

Ciudad paradigma

Luz María Méndez (México)

“BORRÓN Y CUENTA NUEVA”, decía mi madre cuando quería que algo quedara en el pasado y se disponía a crear una nueva realidad. Por ejemplo, si había seguido la receta de un postre a la letra y, al terminar su confección, no se veía tan apetitoso como en la fotografía, lo tiraba todo a la basura (en realidad lo reciclaba, siempre partidaria de la economía circular) y volvía a empezar. Claro que además era una mujer de ciencia: evaluaba resultados, introducía variables bien pensadas y registraba todo en su bitácora de laboratorio; así que, al repetir el experimento, muchas veces el resultado era muy superior al modelo.

De hecho, solía hacer una broma que no estoy segura de que me hiciera gracia, aunque sé que era una manera de mostrarme su complicidad femenina. Decía que antes de mí, había tenido un hijo hombre, pero lo había devuelto a la fábrica porque no era tan sensible e inteligente como ella lo había solicitado; por supuesto, dejaba suponer que yo sí.

Después supe que en efecto pasó algo similar. Eran los primeros días de la “Ley universal de reproducción asistida”, en virtud de la cual todas las crías humanas debían ser diseñadas y producidas bajo estricto control eugenésico por especialistas en biotecnología, siguiendo las buenas prácticas y los estándares internacionales en la materia. Mi madre había acariciado la idea desde niña de tener

un hijo varón, pero ya en edad de encargar, se detuvo a pensarlo y cambió de parecer.

Eran tiempos nuevos, los hombres se estaban devaluando de manera notable en el imaginario social, cada vez eran menos las mujeres que se permitían vivir con ellos. Al fin y al cabo, nunca hubo presencia masculina en su existencia, ¿para qué ahora? (pertenecía a un linaje de madres solteras), y, en vistas de sus planes futuros, ni siquiera era conveniente. El resultado de esas cavilaciones fui yo: “una niña mandada a hacer a su imagen y semejanza”.

La cuestión es que, en algún momento de su vida, no sabría decir bien cuándo, mi madre se había dado cuenta de que era feminista, más que eso, una aguerrida ecofeminista, o mejor aún: una aguerrida ecofemicolectivista (le indignaba la injusticia de cualquier tipo, pero sobre todo la de gente abusiva, machista, egoísta, grosera con los demás, sin conciencia social ni ambiental), algo todavía usual en diversas coordenadas de nuestras tierras latinoamericanas.

Fue una eterna luchadora social por sus convicciones y fundó un movimiento político con ese sello que la llevó a ser postulada para gobernar la ciudad de México, entonces capital política, centro económico y administrativo del país.

La primera entrevista que dio a los medios, ya como candidata, dejó entrever muchas de las notas de su carácter. Contó la

misma anécdota de los postres y repitió varias veces su dicho favorito, “Borrón y cuenta nueva”, para afirmar que, si algo no estaba funcionando, lo inteligente era desecharlo y probar algo distinto.

Apasionada, criticó con fuerza al sistema heteropatriarcal, ecocida y explotador. Ese discurso le granjeó muchos simpatizantes, pero también poderosos enemigos. En cada debate que tuvo con las otras candidatas (todas mujeres, por la devaluación masculina), habló de su proyecto de ciudad sensible e inteligente, autosustentable, con bosques y zonas dedicadas de manera exclusiva a huertos y granjas de usufructo social, con interconectividad gratuita generalizada, servicio de transporte eléctrico solidario, cero combustibles fósiles, cero basura.

Entre las partes más polémicas de su propuesta estaba la de mover la ciudad de lugar. Llevarla a una zona que hiciera más viable su proyecto ecourbano y ofreciera mejor calidad de vida a sus habitantes. Mudar poderes e instituciones; en pocas palabras, desalojar la ciudad actual, desecharla, pues ya no servía.

Otro punto no menos álgido fue la abolición del trabajo no creativo y de la plusvalía. Su proyecto contemplaba sustituir con máquinas y robótica todas las tareas repetitivas, mecánicas, no creativas, y liberar a las personas para que dedicaran sus esfuerzos a

estudiar, a pensar, a hacer propuestas innovadoras y participar en la Asamblea permanente de autogestión del bienestar colectivo.

La gota que derramó el vaso fue cuando propuso declarar a la capital del país, territorio seguro femenino, lo cual implicaba restringir y regular la circulación de los hombres por la ciudad. Sabía que la lucha no era contra los hombres, sino contra el machismo. La idea era acabar de una vez por todas con la violencia sexual y los feminicidios, el mal más grave y permanente que ha venido afectando a la humanidad desde el principio de los tiempos.

Pero no salió bien ese postre. Ella misma fue asesinada a manos de un comando anónimo que le impidió asumir el gobierno al cual había sido electa.

Tras su muerte, decidí seguir su ejemplo al pie de la letra. Me postulé como candidata y quise enarbolar sus mismas banderas, después de todo soy su pintita hija de tigresa. Durante la campaña sufrí varios atentados, casi me matan. Entonces me di cuenta de que estaba siguiendo muy mal la receta. El paradigma es que, si un camino está bloqueado, hay que intentar otras vías. Así nació esta propuesta, así fue que fundamos esta primera “ciudad-ella autónoma en resistencia”, es nuestro refugio, nuestro fortín y nuestra propuesta alterna de ciudad sensible e inteligente. Bienvenidas, compañeras. 

La llamada

Carmen Gómez Barcelo (España)

LOS BÚHOS BLANCOS del Parque de los Pinos de Montequinto, no bajaban de sus árboles a partir de las doce de la noche.

El sonido chirriante de cerrojos oxidados clausurando la entrada al parque era la señal; La llamada.

Los guardias estaban nerviosos. Habían dejado allí el despojo humano del que se alimentaba “aquello” y sólo quedaba esperar a que amaneciera para que todo volviera a estar en orden.

No había pasado ni media hora desde el cierre, cuando el graznido de los búhos alertaban de la orgía. Los pinos, impotentes ante la voracidad de la bestia, agitaban sus ramas con furia no por mucho tiempo porque, en pocos minutos, todo había terminado una noche más. La criatura volvió a su estado piramidal azul, volviéndose a posar en el punto señalado.

Los búhos bajaron ahora más tranquilos de sus nidos en busca de algún erizo distraído, luego los guardias del parque limpiaron el escenario de la masacre y volvieron a sus casas...

Germán, el vigilante, era más joven que su compañero Félix y vivía en un piso compartido en la Avenida Los Pinos. La amplia calle cuajada de tiendas de todo tipo, desembocaba en el parque. Desde la terraza del apartamento, se podía ver su arboleda. Esa noche, mientras dormía, la temida pirámide azul se posó en su cama. Jamás la había visto

fuera del parque, sólo acoplada a su base o en el peor de los casos en plena acción, pero siempre dentro del parque.

Soñoliento aún, el guardia oyó ese zumbido demasiado conocido por desgracia para él y contempló la metamorfosis. No conseguía observarla sin temblar. La pirámide azul, fue desplegándose en multitud de pequeños triángulos de diferente color, llegando a formar una especie de criatura en forma de enano grotesco, con una gran boca, por la que hablaba con sonido metálico un dialecto andaluz de Dos Hermanas.

—Tengo hambre —dijo, con voz ortopédica, el enano metamorfoseado.

A duras penas pudo Germán dirigir unas palabras al odioso visitante.

—Te hemos dejado el último viejo solitario que hemos encontrado. Cada vez es más difícil verlos por la calle y las residencias de ancianos tienen fuertes medidas de seguridad. Me temo que vas a tener que irte a otra zona donde encuentres lo que necesitas —respondió el joven guardia con más miedo que respeto.

—¡No me puedo marchar todavía! —replicó la “cosa”. Luego se replegó y desapareció.

Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, volvieron a encontrarse los guardias de seguridad del parque y empezaron la ronda.

—Anoche vino a mi casa, fue terrorífico, no he pasado más miedo en mi vida, ni si-

quiera el día que lo encontramos. Nunca antes lo había hecho, está hambriento. Su voracidad no tiene fin —dijo Germán.

—Tiene que marcharse ya —contestó Félix, su compañero—. Hasta ahora no se ha notado nada. Los viejos no tenían familia. Pero yo no he encontrado ninguno más.

—El bicho nos tiene acorralados. Si no hacemos lo que nos ha encargado, él no tiene problemas en presentarse en nuestra casa y absorber a uno de nuestra familia. Aunque no sea viejo. Lo extraño es que absorbe los cerebros de los pobres desgraciados que le ofrecemos.

Los hombres, visiblemente angustiados, recorrieron el barrio desde la carretera vieja de Dos hermanas, pasando por el cortijo hasta la gasolinera y desde allí, a la calle Madre Paula Montan y alrededores. De vez en cuando cruzaban sus miradas y negaban con sus ojos.

—Creo, amigo Germán, que está llegando la hora de pagar por esto. Queramos o no, somos cómplices de esta atrocidad.

Llegó de nuevo la hora de cerrar el parque de los Pinos. Entraron y fueron pidiendo al público, que eran sobre todo parejas de jóve-

nes, que fueran abandonando el lugar. Se quedaron solos y fueron echando uno a uno los cerrojos de las distintas cancelas de hierro. Los búhos estaban desorientados, no sabían qué hacer, si bajar o no mientras los guardias se preparaban para el sacrificio.

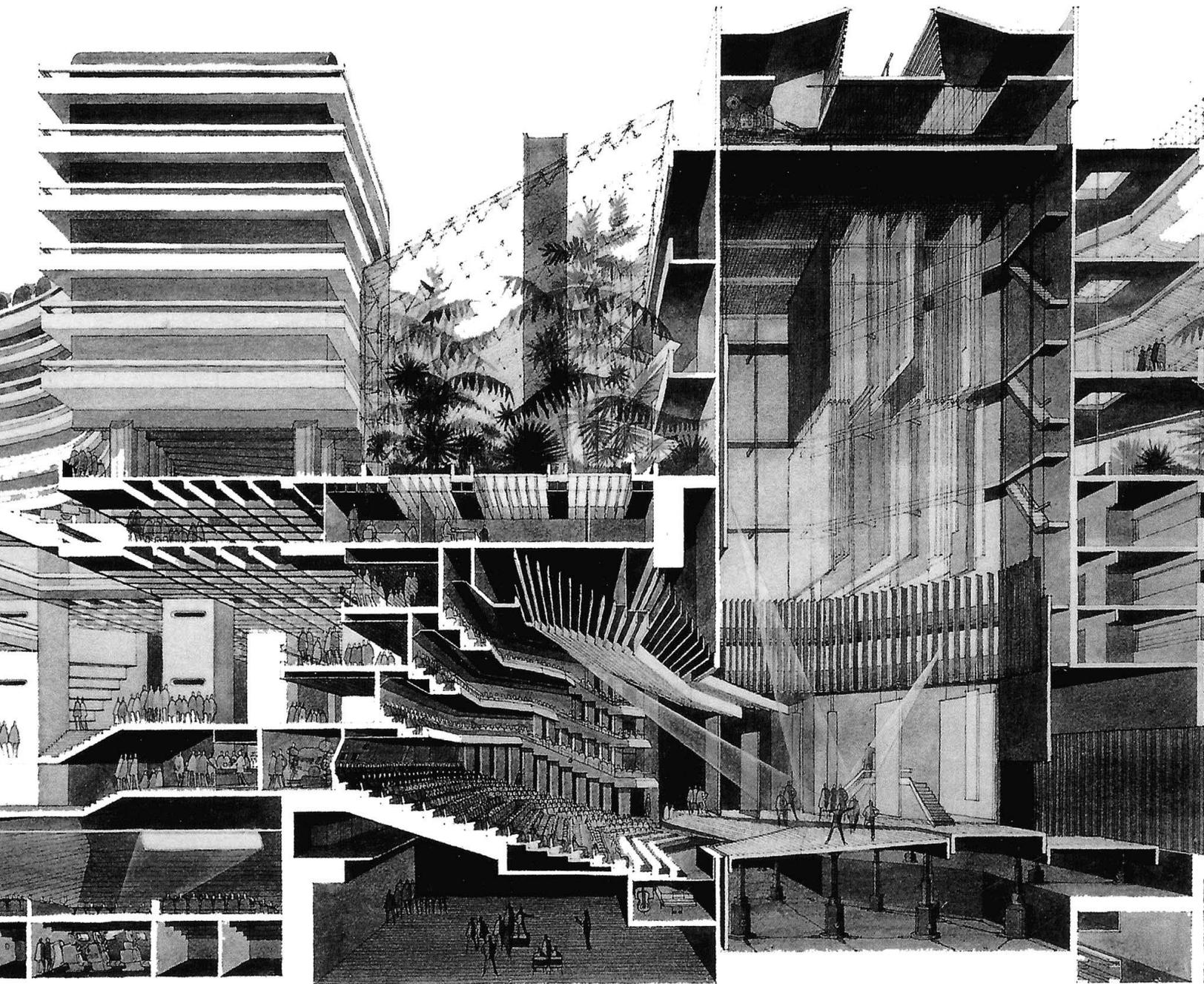
El reloj deportivo de Félix marcaba las doce. Los corazones se podían oír en el silencio y los pinos mantenían la tensión en sus ramas. Permanecían inexplicablemente quietas.

Se acercaron al emplazamiento triangular dónde descansaba la “cosa”, desde que llegó. Era noche cerrada y se vieron obligados a encender las linternas. Allí estaba, en el mismo sitio. Mantenía su forma piramidal y comenzó a girar sobre sí misma. Los guardias estaban desconcertados.

El cubículo se iluminó de un color sin nombre y emitió un sonido metálico convertido en palabras, que decía:

—La información de la sabiduría humana ha sido completada. El gusano me devuelve a mi origen. Gracias.

La pirámide azul desapareció ante el desconcierto de los guardias. 



Deseados

Zack Zala (Perú)

LA NOTICIA CAUSÓ revuelo. Resultaba tan increíble que, para algunos, solo podía tratarse de un disparate, una broma que había crecido sin control hasta proclamarse la maravilla no solo del siglo, sino de toda la historia humana. Algunos festejaron, otros se alarmaron, y otros más miraron con desconfianza lo que traía el futuro. A partir de hoy, se empezó a decir, todos los niños serán deseados.

El método por el cual se inhibía y reactivaba la capacidad reproductiva era infalible. Bastaban tres inyecciones. Probado en animales sin efectos negativos y luego en pacientes voluntarios, no pasó mucho para que la novedad se convirtiera en un derecho y, eventualmente, se antepusiera a cualquier otro método de anticoncepción. En los centros de atención primaria se ofrecía cada temporada y de manera gratuita el Control temprano. No era una excusa quedarse fuera.

Cuando los índices de natalidad bajaron, nadie se sorprendió. Celebraron, en cambio, el triunfo de la ciencia sobre el cuerpo. Ya no se debatía sobre el aborto, el abandono infantil era menor cada año y la gente parecía, en general, más feliz.

Sin embargo, la ola de cambio llegó con menos fuerza a los países pobres. El acceso fue inicialmente caro y, a pesar de que se implementó posteriormente como una campaña de salud pública, no alcanzaba a todos los sectores. Se decía, en Latinoamérica, que existía una resistencia muy fuerte al pro-

greso. Pequeños grupos humanos se dispersaban por la región con el único objetivo de preservarse inalterados. Las razones eran muchas, iban desde la desconfianza hasta la sensación de que un control social aplastante pretendía extinguirlos. Nos enfrentábamos, además, a un fenómeno nuevo.

Los índices de violencia sexual aumentaban discretamente en todas las capas sociales. Frenar estos crímenes fue vital durante los primeros años, pero conforme pasó el tiempo y se normalizó el Control temprano, los casos de violencia se mantuvieron a raya y en los sectores sociales más bajos. Entonces, los gobiernos encontraron una oportunidad para volver a ignorarlos.

Cinco años después de iniciado el Control temprano, nació la primera generación de hijos deseados, producto de planificaciones cuidadosas y costosos tratamientos de reactivación reproductiva. Todos los embarazos fueron rastreados por los medios de comunicación y se realizó una cobertura de meses a la carrera de cuál sería el primero en ser alumbrado. Al cumplir los doce años, estos niños serían obligatoriamente «vacunados» durante una campaña escolar.

Esta nueva generación vivió con un reducido miedo al placer. Se les instruyó sobre la reproducción no como un riesgo, sino como una oportunidad. Y, solo al cumplir la mayoría de edad se les permitía el acceso a los tratamientos de reactivación. Sin embargo,

los altos costos disuadían a muchos, que preferían establecerse económicamente y postergaban de forma indefinida sus planes de procrear.

Las siguientes generaciones apuntaban a lo mismo. La reproducción se convertía cada vez más en un privilegio de las clases altas. Y las clases pobres, que habían accedido al Control temprano por ayudas sociales, quedaban cada vez más rezagadas.

La quinta y sexta generación vivieron una utopía en decadencia. Cien años después de la primera inyección, se reportaron casos fallidos de reactivaciones reproductivas. Casos aislados a los que solo los médicos decidieron prestar atención. Y aun así, fueron descritos como excepcionales y con una probabilidad cercana a cero por ciento, que solo sucedía si pasabas los treinta años y que antes de eso no había nada por lo que preocuparse.

Pero esta improbabilidad estalló cuando, años después, una mujer de veinticinco años decidió someterse al tratamiento sin éxito. Fue llamado el Caso cero. A partir de ese momento se presentaron casos similares. La cantidad era estremecedora. La gente empezó a temer que su capacidad reproductiva había sido anulada y los tratamientos de reactivación fueron en ascenso lo mismo que sucumbía su porcentaje de éxito hasta convertirse en cero.

Los médicos y los gobiernos pusieron en marcha un plan. Y buscaron por todo el planeta, en los márgenes de su menguante utopía, un refugio humano inalterado. Era sabido que existían áreas marginales de gente que se había resistido al Control temprano, pero se desconocía el tamaño de estas comu-

nidades. Cuando fueron identificadas, invadieron el territorio más grande para instalar los Centros de recuperación donde se investigaría una posibilidad para revertir la esterilidad humana de la sexta generación de deseados.

El Centro se encontraba en el Amazonas, incrustado entre las fronteras de varios países. Allí, diariamente, y con ayuda de las fuerzas militares, las personas eran examinadas y se les sometía a un control cuidadoso de sus funciones reproductivas. Pero años de estudio no dieron resultado.

La población marginal crecía y el resto de la raza humana envejecía sin la más remota posibilidad de tener descendencia. Así, las clases sociales más altas tomaron la decisión de adoptar a personas de los centros para darle continuidad a su poder y visitaban constantemente estas instalaciones para educarlos. Sin embargo, hubo quienes, en un acto de orgullo, prefirieron morir a la vez que desfallecían sus grandes corporaciones. El vacío económico y la población cada vez menor ya habían mellado sus imperios. Desde ese punto de vista, no les quedaba nada que heredar.

Las miles de millones de almas que acostumbraba a albergar la Tierra se convertían pronto en solo millones, el centro fue eventualmente abandonado y los que se educaron para heredar el mundo vieron morir los últimos vestigios de la utopía que sus ancestros se habían negado a vivir.

En ese momento no cabía preguntarse si alguno de ellos había sido o no planificado. Todos eran el último deseo de una humanidad al borde de la extinción. 



BANKLINE SYMBOLS

- Traceable positions: bankline positions of meanders and mapped historical banklines.
- Arbitrarily selected traceable probable bankline positions marking stages of meander growth.
- Indefinite probable: bankline positions.

CUT-OFF SYMBOLS

- Neck cut-off following indicated stage.
- Chute cut-off following indicated stage.

Fault

0 1000
0 1000'

GEOLOGICAL INVESTIGATION
MISSISSIPPI RIVER ALLUVIAL VALLEY
ANCIENT COURSES
MISSISSIPPI RIVER MEANDER BELT
CAPE GIRARDEAU, MO.-DONALDSONVILLE, LA.

IN 15 SHEETS SCALE IN MILES SHEET 8

OFFICE OF THE PRESIDENT, MISSISSIPPI RIVER COMMISSION
VICKSBURG, MISS. 1944

TO ACCOMPANY REPORT OF HAROLD N. FISK, PH. D., CONSULTANT
LOUISIANA STATE UNIVERSITY, BATON ROUGE, LA., DATED 1 DEC 1944

R. H. S. - H. N. F. FILE NO. MRC/2588 SH 33-4

Rocío Purpúreo

José Alfonso Colomé (México)

UNA PARTE DE MI INFANCIA se quedó en el futuro, ¿debo decir quedará? Aún recuerdo cuando mamá y yo abordamos La Oruga, el cielo estaba morado esa mañana, no lavanda o buganvilia, más bien como el de un ojo molido por un golpe. No huíamos, eso es de criminales, íbamos al futuro por un antídoto para la reacción de mi padre. El cielo se volvió, ¿lo volvieron?, morado poco antes de que yo cumpliera cuatro, persistía la promesa de que con la lluvia teñida los afectados volverían a la normalidad. No fue así. Pasaron dos años sin remedio, todos temíamos por sus vidas, quizá más por las nuestras. Siguió el púrpura en el cielo, siguieron las promesas... debimos partir.

No se infectaron por error, algunos se lo buscaron; otros, como mi padre, fueron víctimas de deseos ajenos. Yo todavía no nacía cuando empezaron a vender, ¿distribuir?, tubos híbridos. Los primeros en recibirlos habitaban las periferias; los hibridaron con un insecto exótico para que no necesitaran comer seguido y fueran más resistentes al trabajo. Debido al éxito de la operación, crearon algunos con fines recreativos o para satisfacer vanidades, “*delfinileo* para aumentar la inteligencia, *realípavo* para la belleza, dele un *canínido* a su marido para fidelidad infinita, con un tubo *leopardíneo* usted obtendrá la elegancia de diez reinas...”.

La gente cayó en la tentación de superar

su humanidad creciendo la animalidad. De pronto eran los regalos preferidos para cumpleaños y ocasiones especiales, o simplemente para demostrar afecto. Las fórmulas se perfeccionaron hasta triplicar su duración. El problema nunca fue su uso, era que la gente quería más. La industria, en sus ánimos de satisfacer, aumentó la concentración; el gobierno, por su parte, al ver al pueblo apacible tras su uso, entregaba dosis básicas a manos llenas y préstamos a meses sin intereses para los especiales (león para el poder, elefante para la memoria).

Un día, viendo el visiovisor, nos enteramos que en tres meses (alcance máximo que lograban) se presentaría una reacción “poco usual” tras el uso de los tubos. Un hombre que abusó del *arañísico* presentó unos brotes en los brazos que resultarían en tres pares de ojos más. El pánico borboteó de a poco hasta colmar el ánimo del país. ¿Qué iba a pasar con aquellos que habían hibridado con más de una especie? Bastó esperar algún tiempo para volver a consultar el aparato, el futuro pareció aún más terrible. La gente quiso condensar su vida en unas semanas. El sueño desapareció, los bares permanecían llenos, en todos lados se adelantaron navidades, altares de muertos, bodas de plata, oro, diamantes. El suicidio nunca fue opción, nadie quería ser descubierto, luego revivido y encarcelado. Los paquetes eutanásicos se hicieron impagables para la gente común, es extraño cómo en tiempos de crisis los privilegiados siguie-

ron siéndolo.

Las fiestas, marchas y mítines hicieron las calles intransitables, los de abajo exigían respuestas al gobierno, “Ustedes nos metieron sus tubos hasta por los ojos, cúrennos o asegúrennos la muerte. Siempre vimos por sus intereses, es tiempo de que nos devuelvan el favor...”.

Y sí, el gobierno se hizo: “...en las próximas mañanas, saldrán naves que rociarán el antídoto. Todo está bajo control, los visiolevisores muestran lo que nuestros enemigos quieren que vean, no la realidad. Con la lluvia purpúrea vendrá el cambio, el morado es nuestro color, nuevo símbolo de la esperanza...”. Todo se cumplió al pie, pero no hubo solución, mintieron, sólo contaminaron nuestro espacio con hélices y guardias.

Fuimos de las pocas familias que no salimos por celebración ni protesta, sólo aguardábamos las noticias procurando el antídoto que cesara la angustia de mi padre. Después de dos años de espera, de acostumbrarnos al rocío matinal y ver cómo muchos se eutanasiaban o mudaban sus pieles, decidimos buscar el remedio por nuestra cuenta.

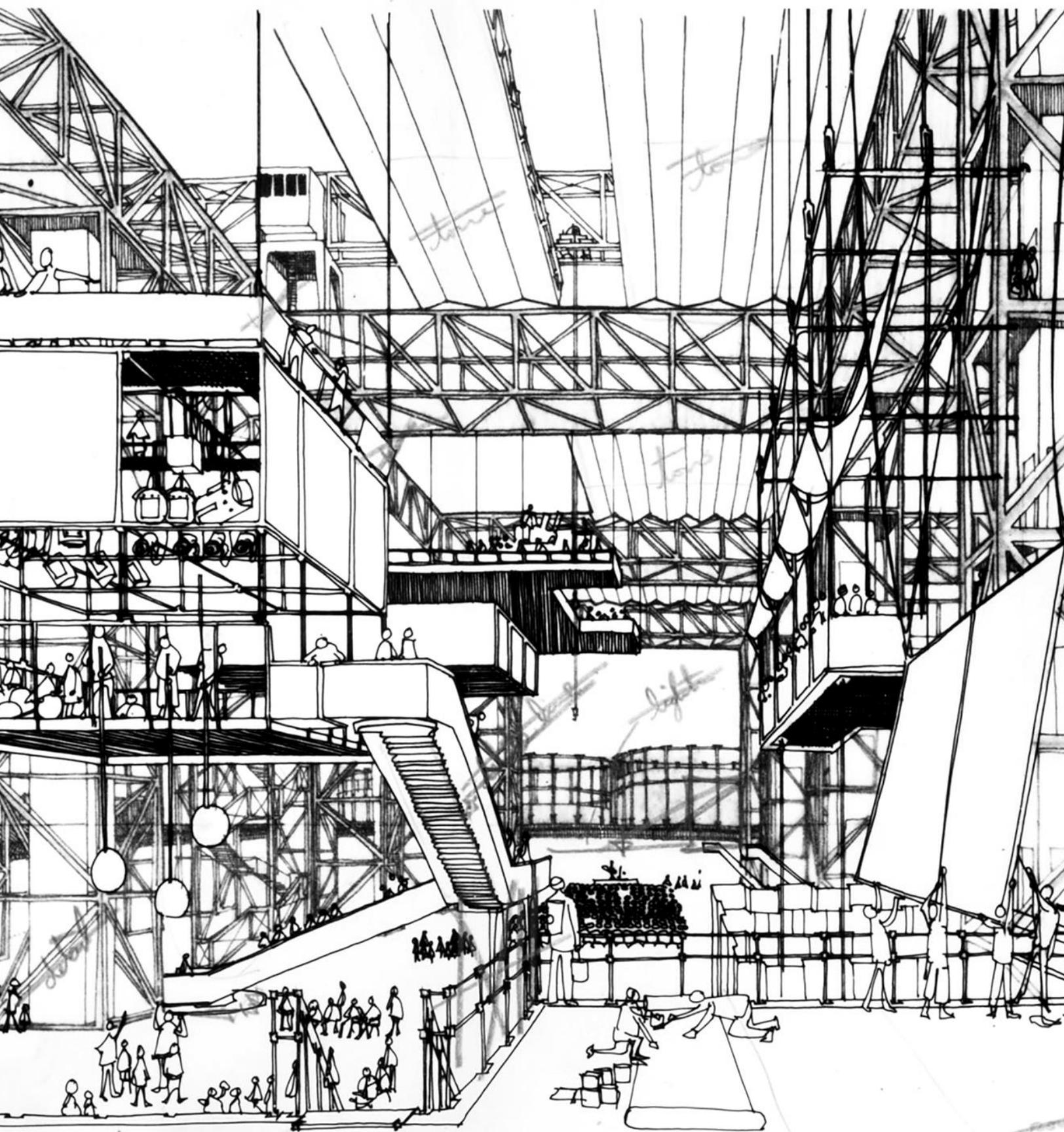
Mi madre consiguió dos boletos redondos para abordar La Oruga hacia el futuro, ahí buscaríamos a alguien que por medio de «su ciencia» atenuara las mutaciones de mi padre. Era bien sabido que no había forma alguna de curar la enfermedad, mas se podía, con la apariencia humana suficiente y resultados positivos de «hibridamutación», solicitar un descuento en el paquete eutanásico.

Subir a La Oruga era ilegal para nosotros, los seres más cercanos a los habitantes a la periferia. Recuerdo haberme maravillado al descubrir que «todo lo feo», lo real, no alcanzaba a traspasar las paredes del vehículo.

Las «janelas» mostraban paisajes que parecían pintados al óleo, la iluminación cálida recordaba al sol, toda clase de aromas agradables «detenían el tiempo» mientras alcanzábamos la época deseada, olvidándonos del presente, ahora pasado más que pasado. El trayecto se realizó en lo que en «tiempo desfijinoideó» se experimentarían como tres días, en tiempo «profijinoideó», setenta años.

Después del pitido y el anuncio de nuestra llegada, bajamos. Ante ese mundo tremendamente desconocido y familiar, nos lanzamos a la búsqueda. En nuestra estancia no vimos a ningún mutado, sin embargo, notamos que los habitantes de la ciudad, ¿nuestra?, vagaban con la mirada apagada, como sin alma. Buscamos sin resultado en cada farmacia, hospital y laboratorio... “hallar una aguja en el mar es más fácil, todo lo compró el gobierno, salvaron a quienes quisieron, a los otros los encerraron en alguna parte. Llegaron treinta años tarde”. Fue un error de cálculo que mi madre no pudo controlar, falló, le fallamos a mi padre, nunca se lo perdonó, nunca perdoné que gastara toda su reserva en llevarme con ella, volvimos al presente.

De los siete a los diecisiete atestigüé las metamorfosis más grotescas. Una parte de mí quedó en el futuro, donde aún sentía anhelo. Hoy me aturde el helicóptero, sé que vienen por los más graves. Ya siento tan poca empatía, ni siquiera pienso si alguien sentirá dolor tras las ausencias... El cielo parece más purpúreo que lavanda cuando se le revienta. Mis oídos truenan, dejo de escuchar. Es tan bella la destrucción cuando se ejecuta en silencio, sin gritos, ni llanto, hasta parece justa, lo único justo. 



La artista que se sentía humana

Sebastian Ignacio Canales de Rurange (Chile)

AL DESPERTAR se inyectaba un líquido que mejoraba la motricidad. Tomaba fármacos cada dos horas para aumentar el rendimiento cognitivo y estimular su imaginación. Entre comidas bebía una solución que potenciaba la empatía. Ella era, pese a su corta edad, un ancla de épocas pasadas en la ciudad porteña.

—De eso se trataba —dijo Celeste mientras sacaba la última cápsula del frasco.

Estaba sentada en una escalera de Valparaíso, molesta por lo que su padre le estaba ofreciendo. Tras mirarlo con desprecio levantó sutilmente una máscara de gas negra que llevaba puesta; se llevó aquella cápsula a la boca, tratando sin mucho éxito de disimular la incomodidad ante el fuerte olor a plástico fundido y perfume cítrico que desprendía su padre. Tomó un sorbo de agua y antes de continuar fue interrumpida por el viejo.

—Piénsalo, por favor.

—No tengo nada que pensar —replicó Celeste furiosa.

Se puso de pie, ignorando al hombre que seguía hablando. Encajó la mascarilla y bajó hasta el centro de la ciudad contemplando la austeridad de cerros que decoraban los alrededores.

Abajo, en la zona plana, todo era distinto. Las mezclas de arquitectura cosmopolita que antiguamente caracterizaban a la ciudad recibieron una fuerte influencia neo-oriental de China. Grandes edificaciones llenas de pantallas y luces de neón convivían con antiguas

casonas multicolores de tiempos remotos.

Eran los tiempos en que la tecnología triunfó sobre la carne. Los humanos, para no ahogarse en la pobreza, alteraban su cuerpo. Llamaban "mejoras" a incorporar miembros biónicos, cables y hardware conectados al cerebro; a veces todo en el mismo individuo.

La ciudad porteña estaba llena de manifestaciones artísticas. Músicos prodigiosos; personas y robots, disfrazados, proyectaban hologramas de colores azules y verdes volando por las calles. Para Celeste, la noche en aquella ciudad tenía una magia y una familiaridad que no cambiaría por casi nada en el mundo.

Caminó pensando en su padre. Desde pequeña lo vio trabajar el litio; era un verdadero artesano construyendo máquinas. Llegaba tarde a casa y partía temprano. A veces, cuando algo le molestaba, dejaba dinero sobre la mesa sin decir nada y volvía meses después; se obligaba a creer que él lo hacía por trabajo. Fue en aquella punzante soledad que descubrió lo que significaba ser libre. Aprendió a amar el que nadie tuviese control sobre ella; y por añadidura terminó odiando que las personas mutilaran sus cuerpos para incrustarse metal y silicio. Sentía que vendían un trozo de su alma, que siempre estaban siendo monitoreadas.

Cruzó la calle para llegar a un pequeño bar de oxígeno cercano a la Plaza Anibal Pinto. Al entrar se quitó la máscara y saludó a la chica que estaba en la puerta.

—Hola, Ámbar —dijo Celeste con alegría—. ¿Llego demasiado temprano?

—¡Hola! No, para nada.

—¿Y Claus? Supongo que ya está en el taller —preguntó.

—No —dijo la chica mientras brillaban sus ojos—. Según mi registro, llamó hace unos minutos y avisó que llegaría tarde.

—¿Todavía ese robot no aprende a ser puntual? —dijo Celeste molesta—, si aparece dile que no baje sin algo para comer.

Ámbar asintió mientras Celeste bajaba al subterráneo.

La entrada al taller se abrió con suavidad al detectar sus pasos. Se reencontró con cuadros y esculturas sin terminar. Allí la azotaron los recuerdos de su padre y la conversación que tuvieron. Él, después de mucho tiempo, había ahorrado para comprarle mejoras a sus manos y dedos. El hombre sufrió de joven las consecuencias del bloqueo, hecho por Latinoamérica, a la inmigración de autómatas. También vio las duras sanciones que sufrieron quienes violaron las leyes anti-transhumanismo. Las mejoras eran para él un lujo, algo prohibido, que no pudo tener hasta ser mayor. Solo deseaba hacer la vida de su hija más fácil. Celeste no dejó de pensar en ello mientras trabajaba.

Horas más tarde llegó Claus al taller. El robot se anunció desde afuera de la puerta.

—Permiso, traigo comida —dijo el autómata de voz grave, antes de encontrar sangre en el suelo—. ¡Qué mierda! ¿Celeste? ¿Celeste! —gritó sin obtener respuesta.

Con rapidez siguió los hilos rojos hasta un basurero del taller, al lado de la última escultura terminada por su amiga. Dedos, contó diez dedos humanos, diez dedos que él conocía mejor que nadie. Aquellos dedos per-

tenecían a las manos de su amiga.

Claus preguntó frustrado en todo el bar por Celeste. La chica era difícil de encontrar pues rara vez portaba aparatos electrónicos. Escuchó que algunas personas la vieron salir poco antes de que él llegara. Siguió su rastro hasta donde vivía.

Se paró afuera de la casa y escaneó el lugar. El pomo de la puerta tenía leves rastros de sangre. Claus golpeó con fuerza.

—¡Celeste! ¿Estás ahí? —gritó y, al no escuchar respuesta, tumbó la entrada e ingresó a la casa.

Ella estaba allí, sentada en la mesita de la cocina mientras tiritaban sus brazos, con lágrimas de rabia en los ojos. Tenía las manos cubiertas de vendas impregnadas de sangre seca. Al ver a su amigo robot ella hizo un ademán para que se acercara.

—Él quería que gastáramos nuestros ahorros en mejoras para mis manos —susurró.

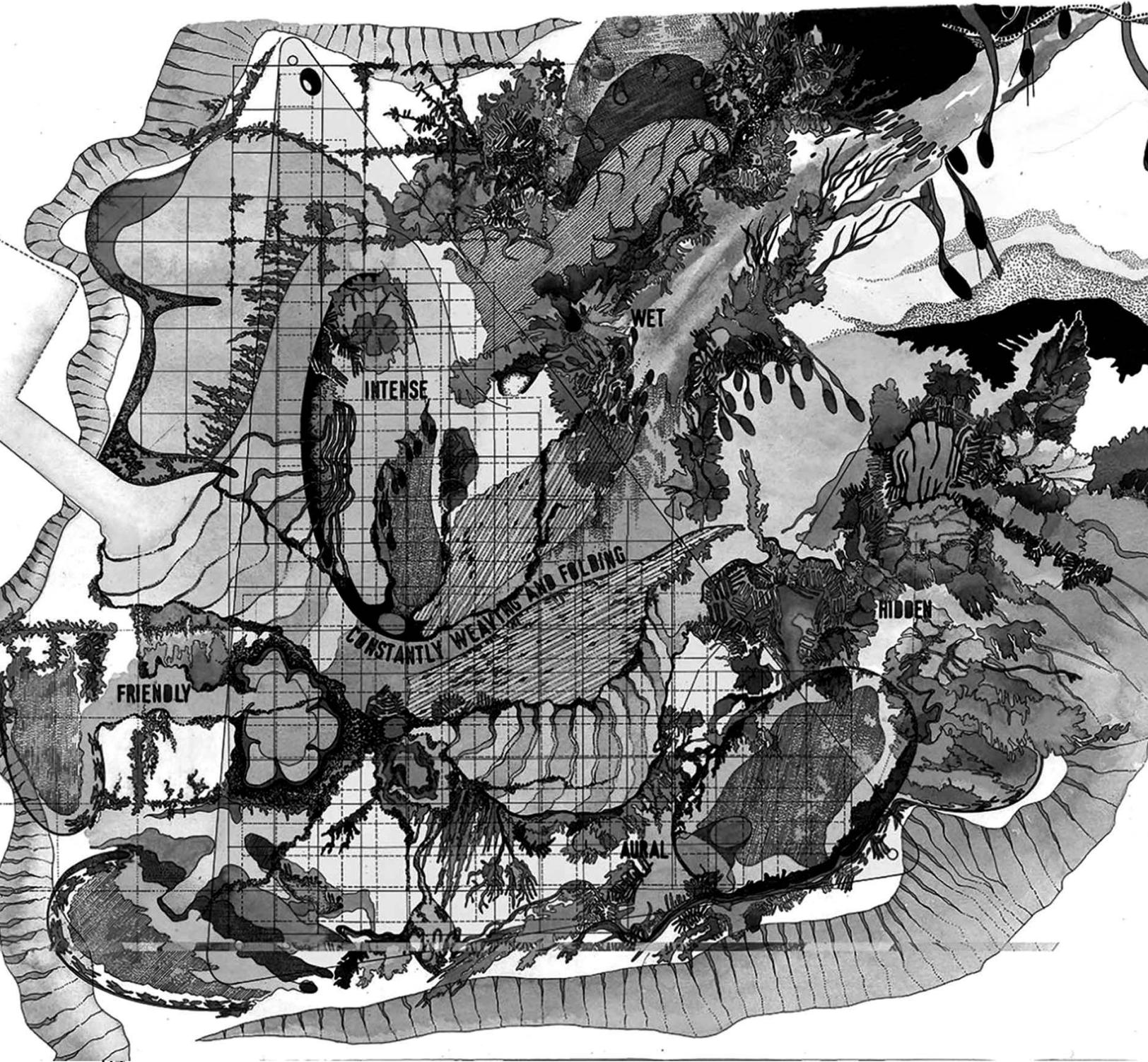
—¿Qué hiciste, niña tonta? —preguntó Claus con tono conciliador mientras se sentaba en la mesa—. ¿Qué hiciste?

La joven se quedó en silencio durante unos minutos para calmarse.

—No iba a dejar que se gastara el dinero en mí. No mientras él tuviera en su cuerpo esas prótesis viejas y malolientes.

Tras pronunciar esas palabras se quitó las vendas, exhibiendo sus oscuras falanges mecánicas.

Había averiguado el plan que tramaba su padre y para evitarlo compró mejoras en la mañana. Ya con sus mejoras implantadas corrió a contarle. Sin embargo, cuando llegó él se había ido de nuevo. Solo que esta vez se llevó el dinero, las cosas de valor de la casa y, sin saberlo, lo que su hija más amaba: su libertad. 



INTENSE

WET

CONSTANTLY WEAVING AND FOLDING

FRIENDLY

AURAL

HIDDEN

La gente de la capital

Mauricio del Castillo (México)

CÁSTULO PIZARRO COLOCÓ la maleta sobre la cama y acomodó ropa en ella para tres días con todos los documentos dentro de una carpeta. No era un viaje de placer, de ningún modo. Tenía que aclarar la falta de agua, gas y luz que aquejaba a su pequeña casa en la sierra. Estaba seguro de que, de seguir así las cosas, no tendría derecho a la cañería y al oxígeno.

—Amor —dijo Katia desde la cocina—. Ya está el desayuno.

—Ahora voy —Cástulo cerró el último broche de la maleta y bajó las escaleras. Tenía tiempo de sobra para meditar su justa indignación en el desayuno. Esperaba que algo así ocurriera con las personas que anteponen sus extravagancias a las necesidades del resto.

Katia colocó un huevo cocido en el fogón. El café hervía con quietud en la tetera de peltre. Mientras leía el periódico, Cástulo tomó la taza y bebió de ella. Las muecas en su rostro no reflejaban ningún placer.

—Debes comer un poco —dijo ella—. Quién sabe qué comerás en días.

—No te preocupes, me llevaré provisiones de la tienda de Don Manuel.

—Espero que puedas arreglar todo en la capital. Estoy segura que los recibos nos darán la razón. Dicen que hay que actualizar el sistema.

El oxígeno, pensó Cástulo. Pueden cortar el oxígeno...

—Yo también lo espero —dijo él, con las órbitas de sus ojos casi tocando sus pobladas

cejas, otorgándole así una máscara de furia que emplearía contra el primer burócrata que se le cruzara enfrente. Sus puños los dejaría al final, cuando no hubiera arreglo—. No me agrada sacar agua del río y bañarme con una bandeja.

Luego de terminar el desayuno, Cástulo volvió al periódico, en un intento por distraerse en otra cosa. Sin embargo, las noticias se encontraban ya en blanco sin ninguna letra en ellas. Acercó el periódico a la luz de la ventana y no logró ver nada. Lo sacudió repetidas veces sin éxito. Tardó minutos en entender: la gente de la capital le negaba ahora el servicio de noticias.

Katia tocó los hombros de su marido, presintiendo su mal humor mientras él se mantenía sentado a la mesa, con las hojas tendidas y sin encender.

—Ya estaremos bien, querido. No tienes por qué preocuparte.

—Me van a oír —dijo Cástulo, con voz turbia—. Esa gente de la capital me va a oír.

Katia retiró sus manos.

* * *

Luego de dejar la maleta en la cinta, Cástulo subió al autobús. Sintió un enorme placer al saber que no había nadie en él. Dormiría a gusto y utilizaría el servicio sanitario sin molestia alguna.

Existía una paz especial en el hecho de sentarse y esperar a que el autobús arran-

cara, con la plena seguridad de que el viaje sería tranquilo.

Cerró sus ojos por unos momentos, escuchando el sonido de su propia respiración. Quince minutos después volvió a abrirlos al darse cuenta de que el autobús no se movía.

Caminó hasta donde se encontraba el asiento del chofer, pero no había nadie en él. Bajó del autobús y se dirigió al módulo de información. Notó también que nadie lo atendía: ni una sola alma recorría la enorme barra con el letrero de tarifas y costos así como las distancias.

Hizo sonar el timbre con insistencia. Del interior salió un anciano, sosteniendo una taza de café. Cástulo no podía creer lo que estaba viendo: era el único empleado en toda la terminal de autobuses, con el aspecto demacrado y senil, tan desgastado que parecía a punto de despedirse de este mundo.

—¡Santo Dios! —el anciano reaccionó e hizo caer la taza al suelo— ¿Qué hace usted aquí?

—¿Cómo que qué hago aquí? Mi autobús tenía que partir desde hacía veinte minutos, pero no se ha movido. Ustedes son muy impuntuales.

El anciano lo escuchaba con la boca abierta. Las arrugas alrededor de sus ojos habían desaparecido del asombro.

—Una disculpa, señor. ¿A dónde se dirige, si se puede saber?

—A la capital.

—¿A la capital? —El anciano se llevó la mano a la boca, como si la palabra “capital” fuese un concepto difícil de entender.

—Sí, la capital. Pagué mi boleto.

Luego de que Cástulo extendiera el boleto, el anciano ajustó sus anteojos y miró con detenimiento. El boleto era real al igual que el pasajero. No se trataba de ninguna ilusión.

—Ya veo —alcanzó a decir, todavía sin dar el menor crédito.

—Bueno, ¿me van a atender sí o no?

—Claro, señor. Tal parece que voy a conducir ese autobús hasta la capital. Aunque le advierto que no será agradable una vez que llegue ahí.

—Un momento —lo interrumpió Cástulo—. ¿Qué quiere decir? ¿No pensaba llevarme?

—Tengo que admitir que no, señor. Al menos no a la capital. Es la primera persona en años que piensa realizar ese viaje. Verá, ya nadie viaja a la capital.

Aunque seguía alterado, la buena disposición del anciano reconfortaba a Cástulo de alguna forma.

—¿Acaso no hay nadie? Habla como si hubiera ocurrido un éxodo.

El anciano soltó una risa, entre nerviosa y angustiada.

—Nada de eso, señor. Es sólo que... Verá, la gente común y corriente como usted y como yo no tiene nada que ver con ellos.

—Aguarde —dijo Cástulo, con las manos adelante, encima del mostrador, solicitando una pequeña pausa—. Yo sí tengo algo que ver con ellos. Tienen suspendidos todos mis servicios. Dicen que se trata de un problema de actualización. Caray, es cierto que vivo en la sierra, pero eso no quiere decir que sea un salvaje. Conozco mis derechos.

El anciano pasó una mano sobre su barba.

—Mire, mejor no vaya. Es difícil lo que le voy a explicar, tal vez ni siquiera lo entienda. Créame cuando le digo que usted no tiene nada que hacer allá. La gente de la ciudad sonrío de una extraña manera, como si estuvieran dentro de un anuncio publicitario. No se trata de una sonrisa auténtica, sabe, es algo artificial, una simulación de alegría

—adoptó un gesto pensativo y dijo—: me parece que es a causa de la actualización.

—No sé qué quiere decir. Yo tengo que ir allá a aclarar todo.

El anciano barrió los pedazos cuarteados de la taza.

—De acuerdo —dijo resignado—. Lo llevaré a la capital. Pero conste que se lo advertí.

Cástulo no respondió. Siguió al anciano hasta donde se encontraba estacionado el autobús. Luego de subir tomó asiento en el lugar más alejado. Se quedó ahí, quieto, a la espera de que se pusiera en marcha. Expulsó una bocanada de alivio cuando el motor fue encendido. Cerró los ojos mientras el autobús se enfilaba hacia la autopista principal.

* * *

Fue despertado al día siguiente con una brusquedad eléctrica. Sintió la descarga de la varita recorrer su cuerpo, como si se tratase de un cable conductor. Soltó un quejido. Lejos de defenderse se retrajo a sí mismo.

Abrió los ojos cuando la descarga terminó. Lo primero que vio fue a dos hombres uniformados. En sus rostros se reflejaba la imagen nítida de un ojo grande, una proyección ocular que no parpadeaba.

Cástulo se estremeció. Tardó en reaccionar y preguntó:

—¿Qué están haciendo? ¿Quiénes son ustedes?

—Son los vigilantes —dijo el anciano, plantado en medio del pasillo. Lucía preocupado—. Me contactaron antes de entrar a la capital. Tuve que decirles que llevaba un pasajero, un extranjero. Son protocolos.

—Nosotros haremos las preguntas —dijo una voz metálica. Uno de ellos extendió una mano hacia Cástulo.

—¡No me toquen! —exclamó el pasajero, esta vez irritado— ¡No se atrevan a ponerme una mano encima!

—Lo siento, señor —dijo el anciano, con una profunda pena—. Es el reglamento. No le queda más remedio que obedecer. Esto es la capital.

—Póngase de pie —dijo la voz del vigilante.

—¡Esperen, yo no hice nada! Sólo venía por...

—¡Póngase de pie!

A pesar de los reclamos, Cástulo no tuvo oportunidad de recoger su maleta. Lo subieron a un móvil, con dos guardias al frente. Sentía frío ahí dentro y nadie parecía escucharlo.

Arribaron al Centro de Detención. Los corredores tenían forma rectangular, muy parecidos a trapecios, y cada uno de los lados estaba lleno de puertas. Atravesaban torniquetes, abrazaderas y pasadores. El olor era horrible pese al sistema de ventilación.

Una de las puertas se abrió en un crujido, como si un sarcófago esperara el momento justo para que su propietario se presentara. Sentía que se encontraba dentro de una tuba, ya que el sonido vibraba en sus oídos.

Más guardias con un solo ojo se encontraban ahí. Le ordenaron que se desnudara. Cástulo estuvo a punto de negarse, pero cerró la boca una vez que le mostraron la varita. En la punta apareció una chispa eléctrica que simbolizaba la magia del dolor.

Cástulo se desvistió y permaneció en ropa interior. Otra voz metálica dijo:

—Quítese la ropa interior.

—¡Esto es un maltrato! Exijo que...

—¡Cierre la boca y obedezca!

Cástulo no replicó, pero cubrió sus genitales con las palmas de sus manos. Hubo un largo silencio durante todo ese tiempo, como

si el hecho de examinarlo les tomara todo el tiempo del mundo.

La puerta se abrió y en ella apareció una pareja. La mujer vestía de falda y saco, un conjunto ejecutivo de última época. El hombre portaba un distinguido traje azul y un sombrero tipo bombín. Sin embargo, había una forma mecanizada en su andar, como si se condujeran bajo rieles.

Los dos giraban sus rostros en lo que parecía ser un ensayo coordinado. Cástulo reparó en el hecho de que eran idénticos: la misma piel pálida, los ojos sin pestañear, la dura y artificial sonrisa. Los ojos no eran sino una fiel copia proveniente del mismo ensamblado.

La mujer dijo:

—Buenos días, señor Pizarro. Nos gustaría saber cuál es el propósito de su visita.

Cástulo, desde la silla en la que se encontraba sentado, olvidó por un momento su propia desnudez.

—Responda, por favor —dijo el hombre.

Salió gradualmente de su confusión. Sin aclararse la garganta, dijo:

—No tengo luz... ni agua ni gas. No me han dado una explicación. —Estuvo a punto de insistir en el hecho de que esto se trataba de un ultraje, pero decidió guardar silencio. Temía que de un momento a otro fueran a entrar los vigilantes con su gran ojo.

Frunció el ceño luego de reparar en un detalle.

—Aguarden. ¿Cómo saben mi nombre? Nunca lo mencioné.

—Su ADN nos hizo saber que usted es Cástulo Pizarro —la funcionaria de la capital

aspiró profundamente. Sus ojos destellaron y sonrió. Ni una sola imperfección. Joven y adorable—. Él es Andy. Yo soy Dolly.

—Ella es Dolly y yo soy Andy.

—Detrás del vidrio se encuentran Dolly y Andy.

Los vigilantes del gran ojo se retiraron los cascos. Debajo se encontraban los mismos rostros, las mismas facciones de maniquí viviente. “Dolly” y “Andy”. Con la mano saludaron a Cástulo sin dejar de sonreír. Sus rostros delicados y angulosos contrastaban con la corpulencia de los trajes.

—Tal parece que usted no se ha actualizado, señor Pizarro —dijo una de las Dollys, sin alterarse en lo más mínimo.

—Requiere actualizarse —intervino otro Andy— para que disponga de los servicios y otras ventajas.

—Escuchen —dijo Cástulo, suplicando a cada uno de ellos—, sólo aguarden. Yo no necesito actualizarme. Sólo quiero que me repongan los servicios.

—No, no, no, no, no, no...

—No, no, no, no, no, no...

—No, no, no, no, no, no...

—No, no, no, no, no, no... —continuaban sonriendo sin dejar de negar con la cabeza.

Dolly y Andy, Andy y Dolly entraron, seguidos de más Dollys y Andys. Rodearon a Cástulo entre todos sin dejar de sonreír y sin dejar de negar con la cabeza.

Al despertar, le alegró saber que habían cumplido con su promesa de actualizarlo. No supo muy bien por qué se encontraba ahí, pero después de unos minutos olvidó este detalle.

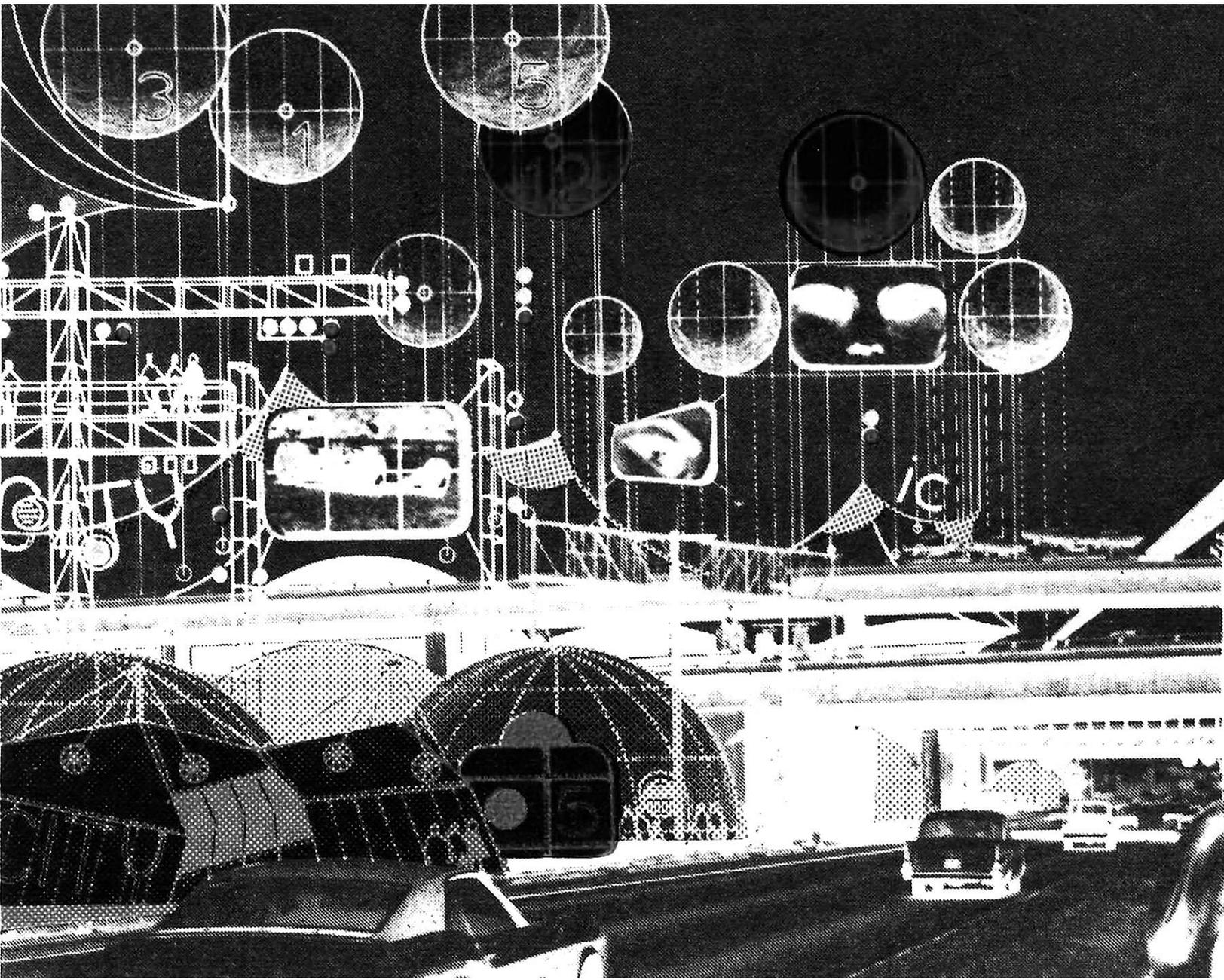
Lo llevaron al jardín en una silla de ruedas. Era una mañana luminosa.

El sol brillaba sobre el césped y las hojas de los árboles, mientras una suave brisa re-

frescaba a su paso.

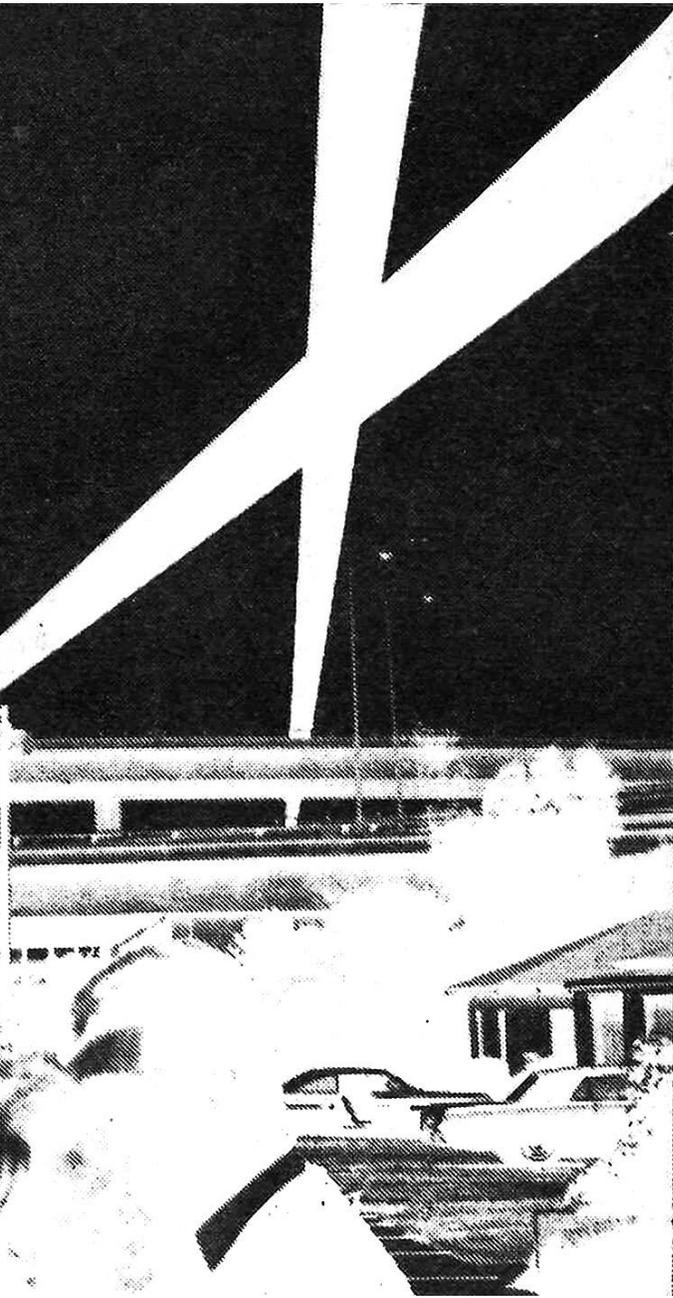
Andy se colocó el casco de un solo ojo y notó cuán feliz era. Esperaba con ansias la siguiente actualización. **F**





El lado perverso

Servando Clemens (México)



MI VÍCTIMA REVISABA su celular sentado en la banca de una plaza. Era el momento oportuno para abatirlo y, de ese modo, cumplir con la encomienda de mi país. Al aproximarme, sentí una fuerte conexión con el sujeto; pese a ello, no cabía la menor duda, él era el objetivo, ya que mi sistema interno así lo indicaba.

—¿Me puede decir la hora? —le pregunté, escondiendo el punzón en la funda.

—Son las siete y quince —dijo sin voltear a verme.

Retrocedí, pasmado. Su apariencia era idéntica a la mía, su voz también.

Con rapidez me escondí detrás de un árbol, antes de que se diera cuenta. Luego llamé a mi jefe.

—¿Qué ocurre? —preguntó—, ¿lo masticaste?

—¿Me estás jugando una broma? ¿Por qué no me dijiste que era mi gemelo?

—No seas estúpido, tú no tienes hermanos.

—¿Entonces qué está pasando?

—Es tu doble, obviamente. Pensé que ya te lo habían notificado en la agencia.

—¿Quiere decir que me reprodujeron y mi copia resultó ser un ente perverso?

—Estás equivocado, tú eres el duplicado. Fuiste creado y programado con el objetivo de liquidar a los ciudadanos que van en contra de la ideología gubernamental. **F**

La fuerza G

William C. Riley, @william_riley

La fuerza G que ejercía el despegue me mantenía inmóvil en mi asiento. Como pude miré de soslayo por la ventanilla. Un último vistazo a la Tierra antes de huir, como todos, con el rabo entre las piernas. La naturaleza se había revelado contra el hombre: un virus ganó la partida. **F**



Espejo Humeante

Revista latinoamericana de ciencia ficción

Resultados de la convocatoria del número 6 “Colonización”

Felicitemos a los autores seleccionados para el número 6 de la revista.
Nos leemos en junio de 2020.

- La melancolía de los mundos nuevos* Krsna Sánchez Nevares (México)
- Más allá, la oscuridad* Xuan Trenor (España)
- Lluvia de neón* Breigner Torres (Venezuela)
- Una profunda caverna en Marte* Silvia Alejandra Fernandez (Argentina)
- Morfogénesis* Maybet Aguilar Reyes (México)
- Anatomía comparada* Eduardo Martínez Báez (México)

Comité Editorial

Revista *Espejo Humeante*

Contacto:

espejohumeanterevista@gmail.com

  @EspejoHumeanteR

